

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES
ACATLÁN

“UN MICROCOSMO LLAMADO: FÁBRICA DE HILADOS Y
TEJIDOS DE ALGODÓN SAN JOSÉ RÍO HONDO, 1865-
1910”
TESIS

Que para obtener el título de
Licenciado en Historia

Presenta:
Andrés García Lázaro

Asesor: María Antonieta Ilhui Pacheco Chávez

Junio de 2010



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos:

Esta tesis es una obra colectiva; que el nombre que aparece en la portada sea el mío no significa que el crédito de su realización me corresponda únicamente a mí. Todo este tiempo fui auxiliado por personas muy especiales, nombro, sin afán de hacer menos a nadie, a quienes fueron vitales para la culminación de esta empresa.

Le agradezco a Homero Víctor Hugo Hernández Álvarez, Jefe del Departamento del Archivo Histórico de Naucalpan las facilidades otorgadas para poder consultar los documentos que necesitaba, a Juan Carlos Tapia Hurtado por su disposición para ayudarme a no perderme entre tanta caja y por hacer más amenos los días en el archivo. En el mismo rubro, a todos los encargados de la biblioteca del Instituto Mora que con tanta amabilidad y paciencia me atendieron.

Le agradezco infinitamente a Alejandro Pérez Montesinos por haberme invitado a participar en un proyecto PAPIIT con la Doctora Mónica Blanco. No exagero cuando digo que cambió mi vida de manera definitiva; él, sin saberlo, puso la mecha de esto que hoy explota.

A mis sinodales: Mtra. Rosalía Velázquez Estrada, Mtra. Patricia Montoya Rivero, Mtro. Carlos Cruzado Campos y mi asesora Mtra. María Antonieta Ilhui Pacheco Chávez, gracias por comprometerse con mi causa de la manera en que lo hicieron, gracias por aguantar mi genio y tolerar mis caprichos, sin su valiosa ayuda no habría alcanzado la meta.

Le agradezco a mi sinodal, profesora y amiga Irma Hernández Bolaños, no sólo por su apoyo en los últimos meses, sino por haber creído en mí desde el principio y tener la palabra exacta en el momento preciso, me esforzaré siempre por hacerte sentir orgullosa.

Aquí se me acaban las palabras, mi vocabulario no encuentra como expresar la gratitud que profeso hacía Alicia Salmerón Castro, mi maestra, en el sentido medieval de la palabra. Sin su guía, apoyo y consejo habría sido incapaz de realizar este trabajo

Finalmente, las personas más importantes de mi vida: mi amada madre Eustolia Lázaro Sánchez, quien ha sacrificado: su vida, su salud y su presente por permitirme tener un futuro, y al único que conozco que es tres personas en uno mismo: Juan Ángel García Lázaro, padre, hermano y mejor amigo, sin ustedes nada soy.

De seguro olvido a alguien, disculpen mi torpeza

Índice

Introducción	1
Capítulo I El mundo de la industria textil en México	9
<i>Del taller y el obraje a la “protofábrica”</i>	9
<i>La desaparición de la protofábrica y el progreso de la industria</i>	13
<i>La fábrica en el Porfiriato: consolidación y auge</i>	18
<i>La fábrica en el Porfiriato: crisis</i>	23
Capítulo II Los dueños de la fábrica	27
<i>Isidoro de la Torre</i>	27
<i>Los sucesores</i>	33
Capítulo III La fábrica	41
<i>La fábrica por dentro</i>	43
<i>El Río Hondo</i>	46
<i>Producción y comercialización</i>	50
Capítulo IV Radiografía social de una comunidad fabril	56
<i>De molino a fábrica</i>	57
<i>El arranque de la fábrica</i>	61
<i>Cambio demográfico y social</i>	65
<i>Comunidad equilibrada</i>	70
Capítulo V Los obreros	75
<i>El trabajo</i>	76
<i>Organización obrera y huelgas</i>	81
Conclusiones	92
Anexos	100
Archivos y fuentes hemerográficas	105
Obras Consultadas	106

Introducción

En el actual San José Río Hondo, colonia ubicada en Naucalpan de Juárez, estado de México, aún está en pie el edificio que albergó, por alrededor de cien años (1866-1975), a la primera industria del municipio: la fábrica de hilados y tejidos de algodón “San José Río Hondo”.

Esta empresa se fundó en una finca rural que, desde tiempos virreinales, había funcionado como molino de trigo. El dueño de la finca fue Isidoro de la Torre y Carsi, importante hombre de negocios de origen español radicado en México desde mediados del siglo XIX; él transformaría el molino en fábrica y sus herederos la conservarían hasta 1923. De 1866 a 1881, año de su muerte, De la Torre y Carsi estuvo al frente de la empresa; a partir de entonces y hasta 1901, la administró su hijo Tomás de la Torre y, de 1901 a 1923, fue propiedad de los seis herederos de este último. Para los años de la Revolución Mexicana, la familia De la Torre abandonó la administración directa de la fábrica; la arrendó durante los últimos años al señor Jesús de la Serna, mismo que compró, paulatinamente, a cada uno de los herederos de Tomás de la Torre sus sextos correspondientes hasta hacerse totalmente de ella y, en 1923, la vendió al grupo francés Veyan Jean y Cía.

La presente investigación centra su interés en los años en que la empresa estuvo a cargo directo de la familia De la Torre: de 1866 a 1910, sin profundizar en los últimos diez años de su administración, cuando fueron arrendadores; ya que en el contexto de la revolución y de la pos revolución, la dinámica económica, social y política de la fábrica cambió y tendrá que ser objeto de estudio de otra investigación.

Mi interés por el tema de la industria y sus trabajadores surgió al ver que el sistema fabril en el México del siglo XIX comprendía mucho más que las actividades de producción realizadas al interior los cuartos de máquinas; involucraba de manera directa a toda una comunidad que vivía dentro de las propiedades de la propia fábrica. Al menos, en el caso de la industria textil del país y, desde luego, de la fábrica de “San José Río Hondo”, las fábricas se construían según el patrón de “colonias industriales”: comprendían la construcción de grandes edificios para la producción, casas para los trabajadores y sus familias, escuelas, campos de cultivos, iglesia, tiendas... En estas “colonias” se llevaban a cabo las actividades laborales, pero se desarrollaba igualmente la vida cotidiana del trabajador y de su familia. También, era el espacio de la solidaridad entre los trabajadores y del conflicto entre ellos y los administradores de la empresa. Es decir, que la fábrica constituía un microcosmos complejo, similar al de una hacienda agrícola del México de esos mismos años, sólo que la fábrica estaba organizada en torno a las manufacturas y la hacienda en torno al trabajo agrícola y ganadero.

A lo largo de la administración de la familia De la Torre, la empresa naucalpense sufrió cambios desde el punto de vista técnico, de producción y comercialización. Por ejemplo, transitó del impulso de la fuerza manual y animal a la hidráulica, del transporte en carretas al uso del ferrocarril, diversificó sus productos y superó las ventas a nivel local para llevar sus manufacturas a la ciudad de México. Estos cambios tuvieron lugar con bastante rapidez, sin embargo, las condiciones socioculturales del microcosmos llamado fábrica de hilados y tejidos de algodón “San José Río Hondo” variaron más lentamente,

pues las transformaciones de las estructuras sociales y culturales son más lentas que las de las estructuras económicas y políticas.

Las interrogantes principales que se presentan, y a las que se busca dar algunas respuestas a partir de este estudio, son las siguientes: ¿en qué contexto nacional se desarrolló la industria textil de “San José Río Hondo”? ¿Cuál era el perfil de la familia de empresarios que inició la industrialización en Naucalpan? ¿Cuál era el perfil de los trabajadores y sus familias? ¿Qué lugar ocuparon el río –Río Hondo– y el ferrocarril en la transformación de la fábrica? ¿Cómo afectaron las costumbres de los trabajadores la dinámica industrial de la fábrica? ¿Qué tan armónica era la vida al interior del microcosmos llamado “San José Río Hondo”? ¿Qué importancia tuvo esta fábrica para el desarrollo de la localidad? ¿Qué nos dicen tanto la vida al interior de la fábrica como las relaciones de los patrones fuera de ella sobre la historia social de una época?

La investigación consta de cinco capítulos, con los cuales se tratan de dar algunas respuestas a las preguntas antes mencionadas. En el primero de ellos, se aborda la situación de la industria textil en México durante la segunda mitad del siglo XIX, a fin de conocer: las transformaciones tecnológicas, las relaciones obrero-patronales y las condiciones de vida de los trabajadores y sus familias, pues en ese contexto se inserta el transcurrir de las actividades económicas y sociales de “San José Río Hondo”.

El segundo capítulo se dedica a los dueños de la fábrica: la familia De la Torre, una de las familias más ricas de México durante el último tercio del siglo XIX. A través de las actividades económicas y las asociaciones que ellos establecieron con otros empresarios, se observa el nada fácil camino seguido para instalar y consolidar esta empresa textil; de igual manera, se sigue el

abandono del que fue objeto en sus últimos años. Este capítulo, a través de los De la Torre, ejemplifica las prácticas económicas de una parte de la burguesía mexicana durante el Porfiriato.

El capítulo tres estudia a “San José Río Hondo” desde sus cimientos: su fundación como “colonia industrial” y las dificultades para seguir un “modelo inglés” de organización de la producción; el lugar del río y del ferrocarril como elementos claves para la empresa, para la fabricación y comercialización de sus varios productos textiles y agrícolas en otros puntos de la República.

En el cuarto capítulo de esta tesis, se hace una radiografía social de la comunidad de “San José Río Hondo”. A partir de registros de población local, se identifican los oficios que se practicaban en el molino y en la fábrica, así como el lugar de origen, sexo y edades de los trabajadores y, en general, de los habitantes de la comunidad. De igual manera, se hace un seguimiento del crecimiento y disminución de la población en diferentes momentos. Este estudio demográfico revela una dinámica social atada, evidentemente, al desarrollo económico de la zona.

El análisis anterior se complementa con el quinto capítulo, dedicado a los operarios de la fábrica, a sus condiciones de vida y trabajo, formas de asociación, lucha y resistencia frente al maltrato de los directivos. En este aspecto, el caso de “Río Hondo” es enriquecedor; en la empresa naucalpense se presentaron varias huelgas en distintos momentos, estos movimientos reivindicadores encontraron diferentes respuestas por parte de los administradores, desde la negociación hasta la represión.

Para realizar este estudio, se consultaron documentos del Archivo Histórico de Naucalpan, del Archivo Histórico del Agua y varias fuentes

hemerográficas de la época. Afortunadamente, al ser el tema de la industria textil un tópico bastante tratado por los historiadores, esta tesis se apoyó también en una amplia bibliografía. En primer lugar, habría que referir obras monumentales como *El Porfirismo* de José Valadés y la *Historia Moderna de México* coordinada por Daniel Cosío Villegas. Ambas obras con un punto de vista social, económico y político, hablan del proceso de industrialización nacional de una manera general, pero ponen especial énfasis en la industria textil y en su desenvolvimiento durante el tiempo en que el General Díaz estuvo en el gobierno. De manufactura más reciente, valdría la pena destacar el libro de Stephen Haber, *Industria y subdesarrollo. La industrialización de México 1890-1940*, en el cual el autor analiza el por qué de los éxitos o fracasos empresariales en la época.

Los libros de estos autores son muy útiles para acercarse al proceso de industrialización del país durante el tiempo del Porfiriato, mas la explosión que experimentó el rubro textil tiene sus orígenes en un período anterior. Para conocer mejor este proceso de crecimiento industrial es bueno acercarse a obras colectivas como lo son *La clase obrera en la historia de México. De la Colonia al Imperio*, coordinado por Enrique Florescano y *La industria textil en México* de Aurora Gómez-Galvarriato. Estas obras tocan el tema de la industria textil en diferentes épocas y regiones del país, lo cual permite tener otra perspectiva del fenómeno.

Sin embargo, para un trabajo que se interesa particularmente por el estudio de la comunidad de la fábrica, como es el caso, resulta indispensable también la consulta de obras de historia social y cultural: François Xavier Guerra, en *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, concentró su

atención en la cultura política de México y observó la existencia de varios Méxicos dentro del país, es decir, las condiciones sociales y económicas eran muy distintas en el norte, en el centro o en el sur. Lo mismo pasaba con la forma de gobernar: había distintas soluciones para problemas parecidos, dependía de la zona y de los lazos formados entre las autoridades locales y federales. Seguramente estas condiciones aplicaban también al mundo de la industria textil.

Otros textos que resultaron básicos para esta investigación fueron: *La urdimbre y la trama. Historia social de los obreros textiles de Atlixco*, de Leticia Gamboa, y *Jornaleros, tejedores y obreros. Historia social de los trabajadores textiles de San Ángel*, de Mario Camarena Ocampo. Estas obras destacan las particularidades de las empresas textiles de Puebla y de la Ciudad de México; demuestran que, a pesar de que ambas se desarrollaron en el centro del país, las condiciones geográficas y políticas tanto de Atlixco como de San Ángel determinaron, en parte, un desenvolvimiento diferente de la misma industria. Esto le da relevancia al estudio monográfico de la fábrica de “Río Hondo”, ya que su desarrollo, aunque coincidió en mucho con el de otras fábricas, tuvo sus características propias.

Por otra parte, la industria textil, como las demás industrias, dependía de otros factores para sostenerse y ser rentable. Aspectos como el desarrollo de los medios de transporte, los mercados y la capacidad de compra de la población. Para el análisis de estos agentes las obras de Sandra Kuntz Ficker, y Paolo Riguzzi *Ferrocarriles y vida económica en México (1850-1950). Del surgimiento tardío al decaimiento precoz y, Ferrocarriles y obras públicas*

permiten ver cómo se desarrollaba la economía en otros rubros y cómo las empresas textiles se insertaban en ella.

Mención aparte merecen los trabajos de Mario Trujillo Bolio. En obras como *Empresariado y manufactura textil en la Ciudad de México y su periferia; Formación empresarial, fomento industrial y compañías agrícolas en el México del siglo XIX* y *Operario Fabriles en el Valle de México (1864-1884) Espacio, trabajo, protesta y cultura obrera*, Trujillo Bolio, en particular, lleva de la mano al lector por la historia de la industria textil del Valle de México, sus altibajos, el papel que jugaron las casas mercantiles en el desarrollo de la industria textil y el por qué los trabajadores del centro de México fueron diferentes a los del resto del país.

Para la fábrica de “San José Río Hondo” ubicada en Naucalpan, los trabajos de Margarita García Luna, historiadora especialista en el estado de México, son fundamentales. La autora estudia algunos aspectos económicos, políticos y sociales del mundo industrial y de sus trabajadores en: *La construcción del ferrocarril de México a Toluca* y en *El movimiento obrero en el Estado de México. Primeras fábricas, obreros y huelgas (1830-1910)*. Investigadores de la historia de estados como Tlaxcala y Puebla han mostrado gran interés en el estudio del tema de la industria textil y, en particular, el texto de García Luna ayuda a complementar el panorama de las historias regionales. De hecho, el trabajo de García Luna posiciona a la industria textil mexiquense como la más importante de la época porfiriana.

La consultada es apenas una parte de una amplia historiografía sobre las fábricas textiles en el México del siglo XIX, pero es sin duda una parte representativa y la principal para el Valle de México, que es la región que

interesa especialmente a esta investigación. Por lo que toca a la fábrica de “San José Río Hondo”, la primera industria de Naucalpan, existe un vacío historiográfico que, desde luego, justifica la tesis presente. Además todo estudio de caso siempre puede aportar algo nuevo al conocimiento del mundo industrial, ya sea que difiera o que reafirme lo dicho por los especialistas de la materia.

Con base en las fuentes y en los autores mencionados, este estudio busca acercarse a la vida en la fábrica de “Río Hondo”: a la creación de la fábrica misma, como unidad productiva; a su organización y a los elementos que la hicieron prosperar; a su comunidad y a sus conflictos; a las relaciones que los dueños tuvieron con otros empresarios, así como con gobiernos locales y nacionales. En otras palabras, esta tesis aspira a aproximarse al microcosmos que fue la fábrica de hilados y tejidos “San José Río Hondo” durante la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX con la idea de hacer un acercamiento a la historia social de la misma. Al mismo tiempo, esta investigación se aproxima a la historia de la primera industria de Naucalpan, es decir, al inicio de la modernización de uno de los municipios más industrializados del estado de México, que es, a su vez, uno de los estados económicamente más fuertes hoy en día.

Capítulo I

El mundo de la industria textil en México

En este capítulo se expone un panorama general de las condiciones de la industria textil durante las últimas décadas del siglo XIX y los primeros años del siglo XX. Es éste el contexto en el cual se inscribe la actividad económica y social de la fábrica de hilados y tejidos de algodón “San José Río Hondo”, objeto de esta investigación.

Se presentan algunas condiciones propias de los textiles a finales de la época Colonial y durante la primera mitad del siglo XIX, periodo importante pues en este tiempo se dieron los primeros esfuerzos para impulsar las manufacturas. Interesa particularmente la producción del Valle de México, por ser la región donde se sitúa “San José Río Hondo”. Después, se exponen las importantes transformaciones tecnológicas que se dieron a mediados del siglo decimonónico que permitieron superar la etapa artesanal e instaurar las primeras fábricas. Finalmente, se analizan las condiciones generales de la industria textil a finales del siglo XIX. De este modo, se tendrá una mejor comprensión del cómo esta industria llegó a ser una actividad poderosa a finales del siglo XIX y principios del XX.

Del taller y el obraje colonial a la “protofábrica”

A finales del Virreinato, las zonas del Valle de México en donde se localizaban las principales actividades textiles eran: San Ángel, Chalco, Tlalnepantla, Coyoacán, Mixcoac y Tacubaya.¹ Éstas tenían su base en el

¹ Mario Trujillo Bolio, *Empresariado y manufactura textil en la Ciudad de México y su periferia siglo XIX*, México, CIESAS, 2000, p. 20.

sistema gremial, en ellas se desarrollaba una gran diversidad de formas productivas: la doméstica, los trapiches, los obrajes y los talleres artesanales. Por lo que toca a la distribución de lo producido, las mercancías de estos dos últimos, principalmente, se orientaban hacia la población de los centros urbanos y hacia los trabajadores de las unidades agrícola-ganaderas y mineras cercanas.²

El mercado de estos artículos dependía del grado de integración territorial que en general era escaso; en otras palabras: la producción tenía un radio de circulación limitado, debido, entre otras cosas, a que después de cubrir una región, los textiles eran incapaces de salir de ella porque los costos de transporte les impedían competir con los mismos de otras regiones.³ Para el taller y el obraje era de vital importancia que la mercancía se vendiera de inmediato, ambos eran puntos terminales de un ciclo de producción que comenzaba en el campo, ya fuera para la manufactura de algodón o para la de lana, y de cuya venta dependían los recursos para asegurar el siguiente ciclo. Por otro lado, las condiciones de vida y trabajo de los productores industriales diferían de las de los trabajadores del campo en un aspecto esencial: mientras éstos últimos eran regidos por un calendario de vida establecido por el ciclo agrícola y la actividad que les imponía su parcela, el pueblo o la hacienda, los trabajadores de la industria vivían en condiciones de dependencia del mercado.⁴

² Jorge González Angulo y Roberto Sandoval Zarauz, "Los trabajadores industriales de Nueva España, 1750-1810", en *La clase obrera en la historia de México. De la Colonia al Imperio*, Enrique Florescano, *et. al.*, México, Siglo XXI, 1980, p.178.

³ *Ibidem*, p.221.

⁴ *Ibidem*, pp.183 y 200.

Los comerciantes eran personajes muy importantes en la distribución de los textiles: eran ellos quienes hacían llegar las mercancías a los mercados locales. Incluso, algunas veces, acabaron por subordinar a los productores e imponerles precios de compra. Los presionaban a partir de la concesión de créditos, el financiamiento de la materia prima o, frente a los artesanos débiles, como compradores monopólicos.

Para finales del Virreinato, la organización cerrada de los gremios estaba en crisis y, frente al mercantilismo, al crecimiento de las ciudades y al aumento del trabajo libre, estaba pronta a desmoronarse. Los comerciantes influyeron en la caída del sistema gremial: interesados en fomentar el trabajo libre de los artesanos, creaban espacios donde los artesanos de las primeras fases productivas o ajenos a un gremio, pudiesen vender su mercancía. Estos comerciantes conocidos como “contraventores” instalaban talleres públicos con dimensiones más grandes a las del común de los maestros de los gremios y ofrecían un volumen de mercancías superior.⁵

A finales del siglo XVIII y primera mitad del siglo XIX era común denominar “fábrica” a los grandes talleres. El término también se aplicaba para designar a todo aquel establecimiento que se dedicara a la elaboración de hilos, frazadas o ropa, aunque fuera a menor escala; estas unidades productivas aún se encontraban cerca de la ciudad y mantenían una forma de producción tradicional. Sin embargo, en la década de 1830 se empezó a dar un cambio a nivel de la producción y de la organización del trabajo a favor de “fábricas” más modernas. El cambio vino impulsado por la mecanización de las

⁵ *Ibidem*, p. 204. Al mismo tiempo, esto causó que se empezara a dar la integración de las fases productivas que se encontraban aisladas, imponiéndose la incorporación de la división por oficios como división del trabajo dentro del taller, aumentaron las dimensiones del centro de trabajo y el capital que se invertía.

manufacturas.⁶ Pero, en aquel momento, aunque se introdujo tecnología de punta, las condiciones de trabajo coloniales en el terreno de los textiles variaron poco: la maquinaria que se introdujo al país era la más moderna de su tiempo, pero ante la imposibilidad de renovarla toda de golpe, se desarrolló una industria “mixta” donde los elementos viejos trabajaban al lado de los nuevos.⁷

Estos establecimientos “mixtos” contaban con máquinas hiladoras y cardadoras modernas; pero mantenían también en funcionamiento husos y telares movidos por fuerza manual o animal. De ese modo, los fabricantes de textiles lograban una capacidad productiva aceptable sin invertir en tecnología moderna en todas las fases del proceso de su elaboración. El historiador Mario Trujillo Bolio llama a estos establecimientos “mixtos”: “protofábricas ciudadanas”.⁸ Estas “protofábricas” se desarrollaron entre los años de 1830 a 1850 y se situaron en los límites metropolitanos, cerca de sus mercados potenciales.

A pesar del apoyo gubernamental que se dio a la industria durante este tiempo, estaba lejos de podersele considerar una revolución en el rubro.⁹ El cambio fue lento, heterogéneo y el éxito que alcanzó, fue menor al esperado. Los proyectos que buscaron industrializar al país contaron con escaso interés por parte de los capitales privados, sobre todo durante la década de 1830.

Efectivamente, la debilidad de los gobiernos nacionales, su incapacidad para establecer políticas comerciales, su falta de fuerza para evitar el contrabando, los constantes cambios en el gobierno que hicieron que la

⁶ El proyecto de incorporar al país a las formas de producción industrial fue asimilado por la primera administración de Anastasio Bustamante. Para lograrlo se estableció la Dirección General de Industria y el Banco de Avío que Lucas Alamán funda en 1830, por ley se establece el 16 de octubre de 1830.

⁷ Aurora Gómez-Galvarriato “Fragilidad institucional y subdesarrollo: La industria textil mexicana en el siglo XIX”, en *La industria textil en México*, Aurora Gómez-Galvarriato (Coord.), México, Instituto Mora-El Colegio de Michoacán-El Colegio de México-UNAM, 1999, p.142.

⁸ Trujillo Bolio, *Op. Cit.*, pp.31-34. Podían tener maquinaria de fuerza animal o de vapor y una organización jerarquizada, pero también artesanos entre sus filas.

⁹ Véase nota 6.

política de tarifas resultara impredecible, las dificultades para transportar la maquinaria a las diferentes poblaciones y lo complicado que resultaba contratar operarios de otros países que vinieran a adiestrar a los mexicanos en el manejo de nuevas tecnologías, desalentaban nuevas inversiones y también afectaba a las existentes.¹⁰

Aún así, los establecimientos textiles que lograron sobrevivir sirvieron como base para una industrialización en las décadas siguientes, especialmente en el Valle de México, Puebla y Querétaro.¹¹ Las “protofábricas” de estas regiones empezaron a modernizar y ampliar su maquinaria, con esto se creaban nuevas condiciones para el desenvolvimiento de la industria.

La desaparición de la protofábrica y el progreso de la industria

Las décadas de 1840 a 1860 fueron de agitación política y social en México –guerra contra Estados Unidos, rebelión en Yucatán, rebelión en la Sierra Gorda, Guerra de Reforma...–. Pero, a pesar de esa agitación, las fábricas textiles lograron consolidarse y participaron en gran medida en la industrialización del país; lo hicieron de forma lenta pero sostenida.

La historiadora Aurora Gómez-Galvarriato comenta que tradicionalmente se tenía la idea de que las acciones emprendidas por el Banco de Avío en la industria de los textiles de algodón, habían alcanzado su punto de mayor expansión para la década de 1850 y que, por la inestabilidad de los años

¹⁰ Gómez-Galvarriato, *Op. Cit.*, p.152. Dado las circunstancias que los gobiernos enfrentaban, los objetivos inmediatos estaban por encima de los de largo plazo, no estaban en situación de estimular políticas que habrían aumentado los ingresos del gobierno a largo plazo como promover el crecimiento industrial y económico.

Margarita García Luna, *El movimiento obrero en el Estado de México. Primeras fábricas, obreros y huelgas (1830-1910)*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, 1984, p.25. Sin mencionar la inseguridad de los caminos y del país en general.

¹¹ *Ibidem*, pp.32-33. Pese a todos los problemas, para 1843 había 57 fábricas de hilados y tejidos de algodón con 125,362 husos en actividad y generando 5 millones de pesos anuales; para 1850 las mantas eran 70% más baratas de lo que lo habían sido antes de 1830.

siguientes, este campo económico se había venido abajo recuperándose hasta tiempos del Porfiriato. Sin embargo, continúa Gómez-Galvarriato, durante los años de 1850 a 1870, las importaciones mexicanas relacionadas con maquinaria textil fueron mayores que en el período anterior catalogado tradicionalmente como de “expansión”.¹²

Con sus altibajos, la industria textil mexicana vivió un progreso más o menos sostenido de 1830 a 1879. En esas cinco décadas cambió su tecnología y modos de producción: de husos manuales y telares de la época colonial, pasó a emplear maquinaria impulsada por agua y vapor; del trabajo del artesano organizado en gremios, comenzó a servirse de una fuerza de trabajo libre asalariada; otro factor de gran impulso para la industria textil en la década de 1860 fue el crecimiento de la demanda, estimulado por la guerra civil estadounidense que elevó el precio internacional de las manufacturas de algodón y disminuyó el precio del algodón en rama. El bloqueo de los estados confederados a manos de los ejércitos de la Unión forzó a los primeros a canalizar las exportaciones de algodón a través de la frontera mexicana, este comercio generó enormes ganancias entre los comerciantes mexicanos y un increíble crecimiento en el noreste.¹³

Además, entre los años de 1843 a 1879, la industria integró de manera vertical los procesos de hilado y tejido; parte fundamental del cambio en la organización de la producción, anteriormente una fábrica únicamente se dedicaba al hilado o al tejido. Ya para la segunda mitad del siglo, los empresarios empezaron a buscar grandes zonas rurales, alejadas de la capital, para instalarse; abandonaban las ciudades, junto a las cuales habían instalado

¹² Gómez-Galvarriato, *Op. Cit.*, p.156.

¹³ *Ibidem*, p. 166.

su producción en los años previos. Esto se debió a que requerían grandes espacios para las diversas secciones y departamentos: galerones para la preparación de la materia prima, para la fabricación de la hilatura, el tejido y la confección de ropa; cuartos con altas chimeneas para la zona de las máquinas, y espacios de trabajo suficientes para albergar considerables contingentes de operarios. Los industriales huían de la ciudad que, con sus medios limitados, impedía cumplir tales expectativas.

Los centros fabriles tendieron a establecerse en áreas donde la agricultura era la actividad predominante: del campo obtenían materias primas para la industria, mano de obra y alimentos para los trabajadores. De hecho, la fábrica siguió muchas pautas arquitectónicas y sociales de la forma de organización agrícola y ganadera predominante en amplias regiones del campo mexicano en la época: algunas fábricas fueron fundadas en antiguas fincas que habían funcionado como haciendas y sus obreros continuaron ligados al trabajo agrícola.¹⁴

Lo anterior confirma dos cosas: primero, que el capital destinado a las actividades textiles permaneció ligado a las actividades agrícolas; segundo, que necesariamente debió existir una sincronización entre el tiempo que el trabajador del complejo fabril le dedicaba a los trabajos industriales y a las labores del campo.

Las fábricas situadas en las cercanías de la ciudad de México utilizaron los recursos naturales que existían en las zonas como fuentes de energía,

¹⁴ Mario Trujillo Bolio, *Operario fabriles en el Valle de México (1864-1888). Espacio, trabajo, protesta y cultura obrera*, México, COLMEX-CIESAS, 1997 p.81. Algunos molinos, batanes y obrajes que existían desde el siglo XVIII se reacondicionaron para funcionar como fábrica. Por otra parte, Coralia Gutiérrez nos dice que los trabajadores textiles, en algunas ocasiones, fueron albañiles que habían trabajado construyendo parte de la fábrica. Coralia Gutiérrez Álvarez, "La penosa existencia en las fábricas textiles de Puebla y Tlaxcala", en *Historia de la vida cotidiana en México tomo IV Bienes y vivencias. El siglo XIX*, Anne Staples (Coord.), México, FCE-COLMEX, 2005, p. 532.

como lo eran el río o el bosque. El primero fue la fuente de energía principal de esta industria; el segundo y sus maderas servían para abastecer las calderas de las máquinas de vapor, para la construcción de los galerones y los telares de madera.¹⁵

La fábrica moderna, situada en el campo y organizada en secciones y departamentos, se constituía también como una pequeña ciudad cerrada sobre sí misma. Coralia Gutiérrez, la historiadora especialista en la industria textil poblana, ha mostrado que, ya para el Porfiriato, las fábricas tenían a su interior capilla, escuela, panadería y tienda –tienda de raya–, la mayoría contaba con campos de cultivo para sus trabajadores, también había juzgados de paz en las fábricas y, en algunas de ellas, estación de policías rurales.¹⁶ La fábrica se organizaba de tal forma que las familias enteras de los trabajadores quedaban integradas, de una u otra manera, al establecimiento industrial. Tan cerrado sobre sí mismo fue el complejo fabril, que éste se encontraba rodeado por una muralla. Esta forma de organización parecía garantizar a los dueños protección y control sobre los trabajadores; los empresarios también tenían la idea de que así contribuían a combatir algunos de los vicios más denunciados de la época como el alcoholismo, la prostitución y la “ociosidad”.¹⁷ Por otro lado, así aseguraban mano de obra casi permanente.

Estos centros industriales nacieron marcados por dos elementos. Número uno, los servicios como panadería, tienda, escuela, etc. eran propiedad del patrón como lo eran también en la hacienda; número dos, los

¹⁵ Mario Trujillo Bolio, *Operario Fabriles...*, p.49. Entre 1875 y 1895 disminuyó el número de husos y aumentó el de telares, se introdujo la turbina para optimizar el uso del agua como fuente de energía, y del vapor, como fuente suplementaria.

¹⁶ Gutiérrez Álvarez, *Op. Cit.*, p.533.

¹⁷ Jesús Gómez Serrano, “Una ciudad pujante. Aguascalientes durante el Porfiriato”, en *Historia de la vida cotidiana en México tomo IV Bienes y vivencias. El siglo XIX*, Anne Staples (Coord.), México, FCE-COLMEX, 2005, p. 261.

trabajadores industriales estaban vinculados al establecimiento como lo estaban los trabajadores agrícolas: por un salario, pero también por una deuda, vía la tienda de raya, y por un complejo de redes personales, clientelares, que resultaban fundamentales para su funcionamiento.¹⁸ Hablamos, pues, de la fábrica como de un microcosmos social más complejo, que va más allá de un centro de trabajo.

Al mismo tiempo, los cambios tecnológicos incrementaron la producción textil y abarataron precios, esto provocó que los antiguos artesanos, incapaces de competir con la industria a gran escala, fueran desplazados: ahora tenían que alquilarse como mano de obra en las haciendas o en las fábricas.¹⁹ El artesano debió pasarla muy mal, pues dejó de ser el dueño de su tiempo y trabajo para convertirse en un asalariado, a merced de lo que se le ordenara.

Las transformaciones que se dieron en este periodo fueron muchos. A mediados de 1860 ya se utilizaba la palabra “industria” para designar aquellos establecimientos que producían a gran escala y, para finales de 1870, éstos eran ya muy numerosos. Se tiene conocimiento de que la situación de los textiles era el siguiente: en México existían 99 fábricas, cuyo valor era de 9, 507,775 de pesos. La producción de estas fábricas era de 2, 753,196 kilogramos de hilaza; 4, 795,560 piezas de manta y demás tejidos de lana y algodón. Si se calcula el valor de cada pieza en 3 pesos promedio, las 99

¹⁸ Alejandra Moreno Toscano, “Los trabajadores y el proyecto de industrialización, 1810-1867”, en *La clase obrera en la historia de México. De la Colonia al Imperio*, Enrique Florescano Et. Al., México, Siglo XXI Editores, 1980, p.325.

¹⁹ García Luna, *Op. Cit.*, p.200. Margarita García Luna apunta que la industria contaba con gran oferta de mano de obra barata compuesta por artesanos desplazados por las fábricas y por campesinos que habían perdido sus bienes por las leyes de Reforma. La abundancia de mano de obra fijaba salarios bajos.

fábricas generaban una producción por valor de diez millones de pesos anuales.²⁰

Al mecanizarse y reorganizarse la forma de producción textil, aumentaron las dimensiones del centro de trabajo y el capital que se invertía; por eso mismo, el número de artesanos fue disminuyendo y el de operarios fue haciéndose mayor, esto a su vez repercutió en las relaciones del dueño y los administradores con los trabajadores.

La Fábrica en el Porfiriato: consolidación y auge

A lo largo del siglo XIX, la industria textil fue transformándose, de tal forma que para las últimas décadas del siglo ya se puede emplear la palabra “fábrica” tal cual y como hoy se usa. Aún así, todavía se verían cambios importantes en las condiciones de la industria textil a lo largo del periodo siguiente, el conocido como Porfiriato, que comprende desde finales de la década de 1870 hasta 1910. Estos cambios tuvieron que ver con las formas de producción y comercialización de los textiles, el capital invertido en las fábricas, y las condiciones de trabajo de los obreros.

Los cambios en la industria textil durante el gobierno del General Porfirio Díaz permiten dividir el período en tres partes: comienzo, expansión y crisis. El primer período va de 1877 a 1888, el segundo de 1889 a 1900, y el tercero de 1900 a 1910.

En forma general, entre las décadas de 1870 y 1890 la inversión de capital se concentró en actividades productivas diferentes a las “tradicionales”:

²⁰ Emiliano Busto, *Estadísticas de la República Mexicana. Estado que guardan la agricultura, industria, minería y comercio. Resumen y análisis de los informes rendidos a la Secretaría de Hacienda por los agricultores, mineros industriales y comerciantes de la República y los agentes de México en el exterior en respuesta á las circulares de 1ª de agosto de 1877 por Emiliano Busto*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, Vol. II, 1877, p.426.

se empezaron a destinar grandes sumas a la construcción de ferrocarriles e instituciones bancarias, por ejemplo. Y si se destinaban recursos a la industria tradicional, se hacía de acuerdo con una fuerte tendencia a la concentración de capitales: se invertía en complejos industriales que logran abarcar a más de una compañía textil bajo una sola firma o razón social.²¹

Muchas de las dificultades que padeció el país durante décadas y que afectaron el desarrollo de la industria empezaron a cambiar a finales de siglo: mercados regionales limitados, carencia de vías de comunicación, escases de capitales disponibles, inestabilidad política y debilidad de los gobiernos nacionales para apoyar el desarrollo económico.

Efectivamente, conforme avanzaba el Porfiriato, la estabilidad política, el apoyo gubernamental y la intercomunicación de los mercados alentó el desenvolvimiento de la industria. La construcción del ferrocarril resultó fundamental: durante la presidencia de Sebastián Lerdo de Tejada (1872-1876), se había inaugurado ya la primera vía férrea –la que unía a la ciudad de México con el puerto de Veracruz– pero durante el gobierno del General Manuel González (1880-1884), se empezaron a construir las líneas férreas más importantes y a comunicar a la capital de la República con importantes regiones del interior del país. De este modo, agricultura y comercio en general, encontraron nuevos mercados.²²

Centrándose en el Valle de México y específicamente en el estado de México, resulta importante referir aquí los trabajos de la historiadora, Margarita García Luna, que muestran que el impulso del ferrocarril favoreció especialmente a la entidad. Por su propia geografía, el estado de México

²¹ Trujillo Bolio, *Empresariado y manufactura...*, p.142.

²² José Valadés, *El Porfirismo. Historia de un régimen. El Nacimiento*, México, Antigua Librería Robredo, de José Porrúa e hijos, 1941, p.67.

rodeaba –rodea– gran parte de la capital, de tal suerte que las diferentes líneas que ponían en contacto a la capital con el resto del país cruzaban por el territorio del estado. Al mismo tiempo, esto hizo que la capital del país fuera, de alguna manera, “mercado cautivo” de los productos del estado de México.²³

Al expandirse el mercado gracias a las nuevas vías de comunicación, se expandieron también las empresas fabriles: hacia finales de siglo alcanzaron altos niveles de producción. La nueva industria absorbió a muchas fábricas pequeñas, así como talleres artesanales. Si sobrevivieron algunos fue porque había prendas que la fábrica era incapaz de producir con la calidad que se requería como lo eran: huipiles, rebosos y sarapes, que se hacían en comunidades indígenas aisladas y se destinaban al consumo propio. Ese tipo de producción para el autoconsumo o para un mercado muy local sobrevivió.

Porfirio Díaz llegó al poder en 1876, tras la rebelión identificada con el Plan de Tuxtepec, cuando el país contaba con una administración pública y una economía que comenzaba a estabilizarse, pero que requería todavía de seguridad, recursos, obras de infraestructura, apoyo de un gobierno firme. La industria y la agricultura con la que se encontraron los tuxtepecanos estaba en una situación precaria: con falta de incentivos para la producción y de facilidades para la comercialización; el crédito para el campo y la ciudad estaba, en su mayor parte, en manos de los grandes comerciantes con prácticas de agiotistas.²⁴ La producción de manufacturas de los primeros

²³ García Luna, *Op. Cit.*, pp.74-74.

²⁴ Valadés, *Op. Cit.*, p.90. Valadés hace una crítica al liberalismo, dice que había sido impotente para sustituir al Juzgado de Capellanías, extinguido con la confiscación de los bienes del Clero y de la Iglesia. Las capellanías refaccionaban económicamente a los agricultores mexicanos con un rédito del seis por ciento anual, y hasta poco antes de las leyes de reforma liberal, tenían de quince a dieciséis millones de pesos incobrables por quiebras de los hacendados. La supresión de las capellanías dejó a los agricultores en manos de los agiotistas cuyos préstamos usurarios les hacía tener en su poder buena parte de los productos agrícolas. Industriales, comerciantes y agricultores pidieron al Estado el establecimiento de instituciones

tiempos del Porfiriato carecían del apoyo de un sistema bancario: casi todos los créditos eran de carácter personal y tomaban la forma de un anticipo a cuenta de pedidos a surtir en una fecha dada.²⁵

En los primeros años del Porfiriato, con apoyos tan precarios para la expansión capitalista, la capacidad instalada en las fábricas varió muy poco, si bien es cierto que se registró un aumento en la producción industrial. En aquellas condiciones, el recurso habitual de los industriales para producir más era emplear a un mayor número de obreros: al aumentar un tercio la fuerza de trabajo, se lograba acrecentar la producción en un 10%.²⁶

Pero en los siguientes veintidós años se dio, entonces sí, un cambio radical a nivel industrial. En el caso de la industria textil, en particular, entre 1888-1900, aumentó la cantidad de telares y husos en operación en cosa de un tercio. Esta transformación era una respuesta, al aumento en el consumo interno impulsado por el progreso económico del país.

Pronto la fábrica suplió desplazó a la producción artesanal: su crecimiento se aceleró de 1890 en adelante. Para 1894 la industria textil utilizó 21 mil toneladas de algodón, 60% más que cinco años antes. Se vivía la etapa máxima de expansión de esta industria, esto atrajo fuertes capitales nacionales y extranjeros durante este periodo. A la par, las fábricas ampliaron y modernizaron sus instalaciones.²⁷

de crédito, creyendo que éstas serían las únicas capaces para transformar la economía nacional. El primer banco fundado en la república fue el de Santa Eulalia, en Chihuahua, en el año de 1878; después el Estado autorizó al Nacional Monte de Piedad para efectuar operaciones bancarias, pero no fue sino hasta finales de 1880 cuando se dio la idea de establece una institución bancaria nacional.

²⁵ Fernando Rosenzweig, "La Industria", en Daniel Cosío Villegas, *Historia Moderna de México*, 3ª edición, México, Hermes, 1985, Volumen VII, primera parte, p.450.

²⁶ *Ibidem*, p.322.

²⁷ *Ibidem*, p.341.

Es esta época durante la cual hicieron su aparición las grandes sociedades anónimas con inversión del exterior y creció en forma notable la cantidad media de maquinaria por fábrica: el número de telares se dobló y el de husos creció en más del 80%, mientras que el total de obreros sólo subió un 35% con lo cual se logró que la producción por fábrica subiera en un 55%.²⁸ Aunque estos números parecen grandes, el crecimiento de la economía mexicana fue lento, como lo fue igualmente el crecimiento de la población y por tanto de la demanda de productos textiles. Entre 1820 y 1870, la población en México aumentó un 40%, lo que contrasta con el crecimiento poblacional de 117% de Brasil y de 315% de Estados Unidos en el mismo periodo.²⁹

La gran producción tuvo apoyos como la inyección de capitales externos, y alicientes como el aumento en la demanda de consumo interno. Fernando Rosenzweig, en su clásico estudio sobre la industria en el Porfiriato, dice que uno de los fenómenos que ayudó a que crecieran las industrias “fundamentales” –como los textiles y el azúcar– fue la creciente urbanización del país, ya que se necesitaba satisfacer la demanda de productos de la creciente población urbana.³⁰ También la creación de un sistema bancario fue clave, empezaron a surgir en estos años: en 1890 podía contarse ya con un sistema bancario que también progresaba. Éste aportó una solución al problema del apoyo a la industrialización del país: dotó de recursos a la industria para sus actividades. De hecho, el desarrollo de la industria, sobre todo las grandes fábricas textiles y las prósperas firmas comerciales vinculadas con ellas, hicieron florecer a los bancos.

²⁸ *Ibidem*, pp.322-323.

²⁹ Gómez-Galvarriato, *Op. Cit.*, pp.162-163.

³⁰ Rosenzweig, *Op. Cit.*, p.316.

Gracias a los bancos que se formaron durante esta época, la industria disponía de crédito suficiente para financiar sus operaciones. Sin embargo, en los tiempos malos, cuando la flojedad de los mercados provocaba una acumulación de existencias, la falta de liquidez para afrontar los compromisos financieros hacía que las empresas menos eficientes desaparecieran, pues tenían que pagar el dinero que habían pedido prestado y que no habían recuperado por sus bajas ventas.³¹

Estos años de auge acabaron pronto: la economía tiene sus ciclos; a la bonanza de la década de los noventa siguió un período de “reajuste”, donde factores nacionales e internacionales se combinaron de forma contraria a los intereses de los empresarios: el país cayó en crisis.

La fábrica en el Porfiriato: crisis

La última década del régimen de Díaz, la primera del siglo XX, fue una década marcada por la crisis: política, económica y social. La industria y, en particular la textil, enfrentó una situación particularmente crítica, que se agravó terriblemente en el contexto de la gran crisis económica internacional de 1907-1908.

Para comenzar, las importaciones se encarecieron y las exportaciones disminuyeron, lo que obligó a reducir la producción. Por ese camino, empezó a ser menos el dinero circulante, lo cual provocó que los bancos restringieran los créditos y que, en cambio, presionaran a los deudores para que liquidaran sus adeudos de años pasados.

³¹ *Ibidem*, pp. 450-452.

Los empresarios, al tener que reducir su producción por la falta de insumos, crédito o mercados, tuvieron que reducir salarios o despedir empleados.³² Hasta el año de 1900, la producción textil en México se había incrementado de manera notable, había mantenido un crecimiento anual del 5.3%. Sin embargo, la producción creció más que lo que se ensanchaba el mercado interno y lo desbordó: la industria textil nacional sufrió una crisis de sobreproducción.³³ A partir de 1901, tuvo que disminuir su producción a un crecimiento mínimo del 1.3%, nivel que tuvo que mantener hasta 1911.³⁴

Además de la crisis provocada por el exceso de producción, la industria textil enfrentaba la insuficiencia de las cosechas de algodón, el encarecimiento de los insumos necesarios para el correcto funcionamiento de la fábrica y las medidas poco eficientes tomadas por el gobierno para enfrentar las dificultades.

El desplome económico impactó en la reducción de los recursos gubernamentales –derechos de importación y exportación, impuestos a las operaciones de compra-venta–. Así, como medida compensatoria, el gobierno elevó los impuestos lo que provocó un gran descontento entre la población. Como si esto fuera poco, dado que hablamos de una crisis internacional, en 1908 empezaron a regresar muchos mexicanos que habían emigrado a Estados Unidos. Al regresar se encontraban desempleados y sin la posibilidad de hallar empleo en suelo mexicano.³⁵

La crisis que afectó a la industria en 1907-08 dio origen a nuevas medidas de las empresas textiles para reducir la producción y forzar las ventas.

³² Javier Garcíadiago *et. al.* "De la oposición a la lucha armada", en *Gran Historia de México Ilustrada*, Javier Garcíadiago (Coord.), México, Planeta-CONACULTA-INAH, 2001, p. 263.

³³ Rosenzweig, *Op. Cit.*, p.318.

³⁴ *Ibidem*, p.429.

³⁵ Garcíadiago, *Op. Cit.*, p.263

Por ejemplo, se vendía casi con el único fin de aminorar existencias a precios que de hecho dejaban nula utilidad.³⁶ El número de fábricas de algodón paralizadas aumentó, de sólo 10 en 1900 a 31 en 1901-02, o sea del 7 aumento al 20%. En 1911 estaban paralizadas 26 fábricas, que significaba el 18% del total de las fábricas.

Estas condiciones afectaron el bolsillo de los empresarios, pero sobre todo, afectaron la ya de por sí difícil situación de los trabajadores textiles; el malestar vino a estallar con lo ocurrido en Río Blanco en 1907. La huelga de la fábrica de Río Blanco y la respuesta represiva del gobierno síntoma de la ineficacia de un sistema, que no pudo adaptarse a las nuevas condiciones económicas y sociales que el nuevo siglo imponía.

El rápido recorrido por la transformación de la industria textil desde finales del virreinato de la Nueva España hasta principios del México del siglo XX, permite apuntar algunas conclusiones: la transformación de los textiles fue lenta, pero aún tomándose su tiempo y a pesar de la adversidad, lograron situarse en el mapa económico del país como una industria rentable. En esto mucho tuvo que ver la integración de procesos industriales, un mayor capital invertido y la modernización de la maquinaria fabril.

Por este camino para tiempos del Porfiriato, los textiles encontraron su plenitud. De manera especial, contribuyeron a ello factores como, la construcción de nuevos caminos, la mejora de los transportes, la creación de nuevos mercados y el incremento la inversión nacional y extranjera. Sin embargo, la sobreproducción, combinada con otros factores como la crisis

³⁶ *Ibidem*, p. 334.

mundial de principios del siglo XX, la crisis en el campo y la baja del poder adquisitivo de la población, fueron factores que frenaron este crecimiento.

Las transformaciones tecnológicas, las relaciones obrero-patrón, así como las condiciones de vida de los trabajadores y sus familia en el México del siglo XIX, y de manera más particular en la segunda mitad del siglo, en el Valle de México, son el contexto en el cual se insertó el transcurrir de las actividades económicas y sociales de la fábrica de hilados y tejidos de algodón “San José Río Hondo”.

Capítulo II

Los Dueños de la Fábrica

La familia De la Torre, una de las familias más ricas de la segunda mitad del siglo XIX en México, contaba con varias haciendas en las zonas de Morelos y el estado de México, así como con fincas rústicas y urbanas en la capital y sus alrededores. Esta familia fue también la propietaria de la fábrica de hilados y tejidos de algodón “San José Río Hondo” por más de cincuenta años, en esos años, tres generaciones distintas de De la Torre, estuvieron al frente de la misma.¹

Este apellido estuvo vinculado, durante la segunda mitad del siglo XIX, con actividades económicas como el comercio exterior, el agio y la venta de azúcar. Posiblemente, éstas fueron los negocios que dieron a los De la Torre una proyección nacional, influencia que les permitió tener injerencia en los asuntos políticos y económicos del país. Mas la manufactura de textiles, también tenía su importancia dentro de la economía de este grupo. Isidoro de la Torre y Carsi, el patriarca de esta familia de importantes empresarios, inició él mismo la fábrica textil de Naucalpan: se hizo de la finca de Río Hondo y, asociado con otras compañías, la transformó en industria textil. Sus herederos la desarrollarían más aún, si bien, la tercera generación acabaría por perderla.

Isidoro de la Torre

Isidoro de la Torre y Carsi nació en Cádiz, España. Estaba emparentado con Francisco Antonio y José Ignacio de la Torre, comerciantes miembros del

¹ José Valadés, *El Porfirismo. Historia de un régimen. El Nacimiento*, México, Antigua Librería Robredo de José Porrúa e hijos, 1941, p.71.

consulado de Veracruz, dueños de grandes fortunas generadas a finales del siglo XVIII.² Según el historiador Luis Weckman, los De la Torre salieron del país durante la segunda ola de expulsiones de españoles en 1829, estableciéndose en Burdeos durante cuatro años hasta su regreso en 1833.³ Lo que es seguro es que para los años cuarenta, De la Torre y Carsi estaba inmiscuido en la política y el comercio de México.⁴

La vida empresarial de Isidoro de la Torre en el país tuvo tres momentos claramente diferenciados. En el primero de ellos estuvo vinculado a su círculo familiar, en particular a su tío Tomás de la Torre y a un sobrino llamado Isidoro de la Torre y Ortiz. Los tres se dedicaban al comercio de exportación e importación: mantenían relaciones con agentes comerciales en Cádiz, Liverpool, Nueva Orleans, Nueva York y San Francisco.⁵ (Cuadro 1)

El segundo momento abarcó de 1844 a 1855, cuando los De la Torre se asociaron con el suizo Juan Bautista Jecker. Con Jecker crearon la razón social “Tomás de la Torre, Jecker y Cía.”, que luego se transformó en “Jecker-Torre y Cía.” La actividad inicial de la empresa creada con el accionista suizo fue el comercio exterior y el préstamo a particulares. El tercer y último momento de la vida empresarial de De la Torre y Carsi va de 1856 a 1881, cuando se dedicó a actividades ya con independencia de Jecker, a veces solo y otras asociado a empresarios como Manuel J. Lizardi. (Cuadro 1)

² María Teresa Huerta, *Empresarios del azúcar en el siglo XIX*, México, INAH, 1993, p.48. Francisco Antonio y José Ignacio eran hermano originarios de la provincia de Luvana del Obispado de León, en el reino de Castilla. Francisco Antonio llegó a la Nueva España en 1776, en 1778 contrajo matrimonio con María Josefina Gil y Cosío, hija de Andrés Gil de la Torre, rico comerciante veracruzano.

³ Luis Weckman, *Las relaciones franco-mexicanas (1823-1838)*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1961, tomo I, p.105.

⁴ *El Monitor Republicano*, 13 marzo de 1849. Era escribiente y hombre de confianza del gobernador del departamento de Veracruz.

⁵ Alejandra Moreno Toscano, “Los trabajadores y el proyecto de industrialización, 1810-1867”, en *La Clase Obrera en la Historia de México. De la Colonia al Imperio*, Enrique Florescano et. al., México, Siglo XXI, 1980, p. 336.

La creación de la casa comercial “Tomás de la Torre Jecker y Cía.” dio a Isidoro de la Torre un impulso especial. Fueron las actividades de importación que realizó durante este tiempo, las que lo vincularon directamente con el mundo de los textiles. “Tomás de la Torre Jecker y Cía.” fue fundada en 1844, al disolverse la firma comercial de la que Jecker había sido socio hasta entonces, la “Mongomery-Nicod y Cía.” A principios de 1847 cambió su razón social por “Jecker-Torre y Cía.”, cuando Tomás de la Torre dejó de ser accionista principal de la empresa. Al realizarse ese cambio eran tres los socios: Juan B. Jecker, Isidoro de la Torre y Felipe Alonso Terán. Para entonces, la empresa operaba principalmente en los puertos de Veracruz, Tampico y Mazatlán.⁶

La casa comercial empezó a actuar en tiempos de la dictadura santanista, cuando se anunciaba ya el conflicto con Estados Unidos. Finalmente, la guerra con la vecina república del norte estalló y paralizó los puertos, esto afectó la actividad mercantil del país. “Jecker-Torre y Cía.”, como otras empresas, abandonó de momento el comercio exterior y se encargó del aprovisionamiento del ejército: tuvo concesiones para abastecerlo de víveres, vestuario, pertrechos y armamentos. Al final de la guerra “Jecker-Torre y Cía.” estaba en pleno auge, era 1850.⁷

En la década de los cuarentas tuvo lugar un incremento en la demanda de textiles manufacturados y, por tanto de algodón. Pero al ser insuficiente la producción que el país ofrecía, la fibra pasó a ser una materia prima muy codiciada. Aquí hizo su aparición Isidoro de la Torre como uno de los más

⁶ Huerta, *Op. Cit.*, pp.16-18.

⁷ *Ibidem*, p.20. El puerto de Mazatlán fue el centro de operaciones de la firma que así dominó una vasta región: Nayarit, Sinaloa, Sonora, Zacatecas, Durango, Chihuahua y las Californias. La firma fue importadora o distribuidora de productos como el algodón, el fierro, el carbón de piedra y el azogue.

importantes abastecedores de esta fibra de la república: compraba, vendía y producía algodón. Por ejemplo, De la Torre era el principal proveedor de las fábricas de Cayetano Rubio, importante industrial queretano del ramo textil.⁸

Como abastecedor de uniformes, “Jecker-Torre y Cía.” se relacionó con el mundo de los textiles. Sin embargo, el papel que la casa comercial desempeñó en este rubro de la economía fue más allá del comercio de ropa. Como apunta Mario Trujillo Bolio, los establecimientos mercantiles, al ver que la manufactura empezaba a tener un mercado de consumidores aceptable, financiaron la instalación de fábricas en las inmediaciones de la Ciudad de México.⁹ Se repetía un patrón ya visto en la época colonial: las casas mercantiles se convertían en fuente de crédito de empresarios-fabricantes de hilados y tejidos y, por ese camino, pasaban a controlar parte de la industria textil.

El capital de los propietarios de las casas mercantiles que se invirtió entre las décadas de 1830 y 1860 provenía de varias fuentes: la usura, el comercio de importación, la especulación en bienes raíces.¹⁰ Las ganancias de dichas actividades daban a los beneficiarios la posibilidad de participar en varios giros: préstamos al gobierno, crédito a particulares, tenedores de bonos de la deuda externa mexicana, compradores de terrenos, fincas y haciendas.¹¹

De hecho, gran parte del éxito de “Jecker-Torre y Cía.” se debió a que, durante la guerra civil de 1858 a 1860 –Guerra de Reforma–, aprovechó para realizar beneficiosas transacciones como el otorgamiento de créditos a corto y

⁸ Moreno Toscano, *Op Cit.*, p.336.

⁹ Mario Trujillo Bolio, *Empresariado y manufactura textil en la Ciudad de México y su periferia Siglo XIX*, México, CIESAS, 2000, pp.145-147.

¹⁰ *Ibidem*, p.125.

¹¹ *Ibidem*, p.132. La casa comercial “Jecker-Torre y Cía.” tuvo injerencia directa en las denominadas convenciones inglesa, francesa y española. Hay que recordar que el pretexto de los franceses para la intervención tenía que ver, en parte, con el cobro de la deuda Jecker.

a largo plazo, la ganancia se garantizaba a través del pago de intereses altos;¹² la adquisición de bienes del clero rematados por los liberales o, la compra de títulos de las fincas eclesiásticas hipotecadas por los conservadores para el sostenimiento de su causa.¹³

Los negocios que realizó De la Torre durante las guerras que asolaron México entre 1840 a 1867, le permitieron invertir las ganancias obtenidas en el fomento de otras empresas, especialmente dentro de los sectores agrícola y comercial. Además, como socio de la casa “Jecker-Torre y Cía.”, De la Torre había adquirido varias de sus primeras propiedades rústicas y urbanas. Así es que, al fallecer Felipe Terán, Isidoro de la Torre y Juan Jecker disolvieron su sociedad y tomaron rumbos separados, cada uno creó su propia casa comercial: el suizo estableció “Juan B. Jecker y Cía.” y el español fundó “Isidoro de la Torre y Cía.”¹⁴ (Cuadro 1)

En el tercer momento de la vida empresarial de Isidoro De la Torre, es posible definirlo como un hacendado y comerciante, pues además de las múltiples fincas que poseía, seguía proveyendo de algodón a Cayetano Rubio. De ese aprovisionamiento se originó, en 1859, un convenio para que la casa “Isidoro de la Torre y Cía.” distribuyera en exclusiva el paño de la fábrica

¹² *Ibidem*, p.200.

¹³ Huerta, *Op. Cit.*, p.62. En 1859 el gobierno conservador de Miguel Miramón solicitó un préstamo forzoso de millón y medio de pesos con garantía en los bienes eclesiásticos. Isidoro de la Torre aportó 87 mil pesos que luego se le resarcieron con once casas ubicadas en la calle de Chiconautla cuyo valor era de 23 mil 200 pesos.

Manuel Payno, *Carta que sobre los asuntos de México dirige al Sr. General Forey*, México, Imprenta de Vicente G. Torres, 1862, p.79 Después, en la época de la intervención, prestó 330,000 pesos a la causa conservadora. Sin duda los empresarios se inclinaban por la causa conservadora, pero a la hora de hacer negocio, el no haber hecho distinción entre liberal o conservador fue la clave de su éxito.

¹⁴ Para lo relacionado con la muerte de Felipe Terán. *El Siglo Diez y Nueve*, 4 enero de 1863. Por otro lado, para los años sesenta, la firma Jecker-Torre y Cía. se había disuelto. Mas no por problemas entre los empresarios, prueba de esto es que después Juan B. Jecker se asoció con su sobrino Julio Borneque e Isidoro de la Torre y Ortiz sobrino de Isidoro de la Torre y Carsi.

Zempoala, propiedad de Rubio. Un año después Isidoro de la Torre, junto con Manuel J. Lizardi, compró la fábrica a Cayetano Rubio en 350 mil pesos.¹⁵

Desde 1865, Isidoro de la Torre restringió su campo de acción a las actividades de hacendado más que a las relacionadas con el comercio exterior. Sus haciendas eran trigueras y azucareras y, se encargó de monopolizar -tanto en su producción como en su venta- estos cultivos en su zona de influencia: Morelos y el estado de México.

De la Torre y Carsi contrajo nupcias con Luisa Mier y Celis en 1857; Luisa era hija de Gregorio Mier y Teran y Mariana Celis.¹⁶ (Cuadro 3) Gregorio Mier y Terán había sido un poderoso agiotista, de gran influencia en el Estado de México y en la capital del país. Su casa comercial prestaba dinero con intereses competitivos, más bajos que los de la propia Jecker-Torre y Cía. Durante la guerra de intervención francesa, Mier y Terán, junto a hombres de la talla de Mariano Riva Palacio, Manuel Romero de Terreros y José María Rincón Gallardo, habían tratado de fundar la “Compañía de Ferrocarriles, México a Puebla vía Llanos de Apam”. Aquel intento fracasó por la falta de estudios geográficos y de presupuesto.¹⁷ Lo contrario ocurrió con sus hijos, éstos fueron accionistas de la “Compañía de los Catorce”, una de las primeras empresas con capital nacional que invirtió en los ferrocarriles; también, fueron fundadores del Banco Nacional de México en 1884. De entre ellos destacó

¹⁵ Huerta, *Op. Cit.*, p.64.

¹⁶ *El Centinela Español*, 7 de septiembre de 1881.

¹⁷ Francisco R. Calderón, *La República Restaurada. Vida económica. Vol. II. Historia moderna de México*, Daniel Cosío Villegas (Coord.) México, Hermes, 5ª edición, 1989, pp. 212-213.

particularmente Antonio Mier y Celis, notable político y empresario del estado de México.¹⁸

El matrimonio celebrado entre estas familias había significado para De la Torre vínculos con importantes familias del mundo de la política y los negocios de la época. Pero el enlace había aportado también a las propiedades de Isidoro las haciendas de San Nicolás Peralta y Santa Catarina, en el estado de México.¹⁹

Al final de su vida, Isidoro De la Torre y su mujer se fueron a vivir a Francia y dieron el control de sus negocios a un apoderado: Tomás Horncastle. Cuando el empresario español falleció, en agosto de 1881, declaró herederos a sus hijos: Susana, Isidoro, Tomás, Concepción, Esperanza y José Ignacio. A ellos les dejó un capital líquido que ascendía a 2, 301,583 pesos, de los cuales 1, 590,107 correspondían al valor de sus fincas rústicas. En 1883, cuando murió Luisa Mier y Celis, los hijos De la Torre y Mier tomaron el control de la fábrica y de los negocios de la familia. (Cuadro 3)

Los sucesores

En 1884, Isidoro, Tomás y José Ignacio de la Torre y Mier y Terán, los hijos del matrimonio De la Torre-Mier y Terán, establecieron una sociedad colectiva bajo el nombre "Isidoro de la Torre Hnos." Esta firma sería la propietaria de la

¹⁸ Fernando Rosenzweig, *El Porfiriato. Vida económica. Vol. VIII. Historia moderna de México*, Daniel Cosío Villegas (Coord.) 3ª edición, México, Hermes, 1985, Volumen VII, segunda parte p.807.

¹⁹ François Xavier Guerra, México. *Del Antiguo Régimen a la Revolución*, traducción Sergio Fernández Bravo, México, FCE, 1988, tomo I, p.134.

fábrica de hilados y tejidos “San José Río Hondo” durante el resto del siglo XIX y principios del XX.²⁰ (Cuadro 1)

Dentro de la repartición de responsabilidades, serían los entonces “veinteañeros” Tomás y José Ignacio de la Torre los encargados de este establecimiento fabril. El primero de ellos fue el más comprometido con la administración de la fábrica, de hecho, dividía sus actividades comerciales junto con las políticas. Tomás de la Torre fue diputado suplente por el estado de Morelos en 1894, después senador suplente por el Estado de México en 1896 y, finalmente senador propietario por el mismo estado en 1897.²¹ Por otra parte, Isidoro de la Torre y Mier también estuvo involucrado en la política: en 1890 fue electo diputado, cargo que sólo ocupó un año pues moriría víctima del tifo en 1891.²²

Junto a “Isidoro de la Torre Hnos.”, otra empresa sacaba ganancia de la fábrica: la “Ollivier y Cía.”, de los señores Andrés Graille y J. Gray Ollivier,²³ la cual regenteaban el establecimiento comercial “Cajón del Sol”, en la Ciudad de México.²⁴ Esta empresa estaba a cargo del proceso de estampado de las prendas de la fábrica de “San José Río Hondo”, así como de vender su producción. (Cuadro 1) Esta situación indica dos cosas: primero, que los De la Torre tenían un capital insuficiente para abrirse mercado de manera directa; segundo, que la producción textil de Río Hondo tenía como destino principal la

²⁰ Para las fechas: Archivo Histórico de Naucalpan (desde ahora AHN), Fondo Fomento, vol. 1, exp. 33 y, Fondo Presidencia, vol. 3, exp.3

²¹ *El Siglo Diez y Nueve*, 9 julio de 1894. *El Siglo Diez y Nueve*, 14 de julio de 1896. *La Patria*, 25 de julio de 1897.

²² *El Diario del Hogar*, 7 de junio de 1890. *El Siglo Diez y Nueve*, 20 de abril de 1891.

²³ AHN, Fondo Presidencia, vol.3 exp. 16

²⁴ Archivo Histórico del Agua (desde ahora AHA) fondo Aguas Nacionales, Caja 1256, exp. 17245, foja 37.

Ciudad de México.²⁵ Efectivamente, este almacén era el punto de venta de la mayoría de las prendas producidas por los De la Torre.

Dentro del mundo de los textiles del siglo XIX era posible distinguir a tres tipos de empresarios: los fabricantes-financieros, los empresarios-industriales y los empresarios-corporativos. El primero, el fabricante-financiero se distinguió como socio mayorista de las compañías que se formaron a lo largo de la década de 1870. El segundo tipo, el empresariado-industrial fue el que invirtió en el negocio de la manufactura y venta de lana y algodón. Este tipo de empresario tuvo, las más de las veces, más de un establecimiento para la fabricación variada de textiles, telas y prendas de vestir; también contó con bienes raíces y otras actividades para fortalecer su compañía. Dentro de este segundo grupo se podría catalogar a Isidoro de la Torre y Carsi. El tercer y último tipo, el empresario-corporativo, fue el hombre de negocios que tuvo, a la par de fábricas, una diversidad de negocios localizados en actividades agrícolas, en el gran comercio, en el sector bancario, bienes raíces y transporte. Los de la Torre y Mier pertenecieron ya a este tipo de empresario, de mayor empuje que los anteriores.²⁶

En junio de 1900, acaeció la muerte de Tomás de la Torre y Mier –quien se encontraba al frente de la fábrica-. Su esposa, Laura Formento, heredó las propiedades de Tomás de la Torre, pero al poco tiempo, contrajo segundas nupcias con el señor Víctor Amor y se fue a vivir a Europa. En esas circunstancias, la propiedad de la fábrica fue heredada a los entonces menores

²⁵ A pesar de que el apellido “De la Torre” es sinónimo de una de las familias más ricas del México decimonónico, la solvencia de la familia se puso a prueba varias veces, desde 1860, Isidoro de la Torre fue demandado jurídicamente por sus acreedores. Huerta, *Op. Cit.*, p.65

²⁶ Mario Trujillo Bolio, “El empresariado textil de la Ciudad de México y sus alrededores, 1880-1910” en, *Modernidad, tradición y alteridad. La ciudad de México en el cambio de siglo (XIX-XX)*, Claudia Agostoni Elisa Speckman (Coord.) México, UNAM, 2001, pp. 33-34.

de edad: María Guadalupe, María Luisa, Tomás, María Laura, Ignacio y María Elena de la Torre y Formento, quienes quedaron bajo la tutela de su tío José Ignacio.²⁷ (Cuadro 3)

Para estos momentos, “Isidoro de la Torre Hnos.” dejó de figurar como representante legal de la fábrica; tomó su lugar “Tomás de la Torre Sucs.”, última razón social que representaría los intereses de la familia De la Torre en Río Hondo. Los hijos de Tomás de la Torre y Mier se apoyarían en A. Spitalier y Cía. para continuar con la administración de la fábrica.²⁸ (Cuadro 1)

Años	Nombre de la Compañía	Socios:	Giro Empresarial
1836-1844		Tomás de la Torre, Isidoro de la Torre Ortiz, Isidoro de la Torre y Carsi	Comercio de importación y exportación
1844-1847	Tomás de la Torre Jecker y Cía.	Juan B. Jecker, Felipe Alonso Terán, Tomás de la Torre, Isidoro de la Torre y Carsi	Comercio de importación y exportación
1847-1855	Jecker-Torre y Cía.	Juan B. Jecker, Felipe Alonso Terán, Isidoro de la Torre y Carsi	Comercio, prestamista, abastecedor de efectos de guerra
1856-1881	Isidoro de la Torre y Cía.	Isidoro de la Torre y Carsi, Manuel J. Lizardi	Agroindustria, comerciante,
1884-1902	Isidoro de la Torre Hnos./Ollivier y Cía.	Isidoro, Tomás y José Ignacio de la Torre y Mier y Teran, Andrés Grailler, J. Gray Ollivier	Industria textil y azucarera, ladrilleras
1903-1920	Tomás de la Torre Sucs./A. Spitalier y Cía.	Guadalupe, María Luisa, Tomás, Laura, Ignacio y Elena de la Torre y Formento, A. Spitalier y Cía.	Arrendadores

Cuadro 1. Compañías y socios de la familia De la Torre

Al parecer, los de la Torre y Formento fueron poco afectados al negocio de los textiles, ellos, junto con su tío José Ignacio, fueron más bien productores de

²⁷ *La Patria*, 20 de agosto de 1901. *Voz de México*, 31 de mayo de 1903.

²⁸ *Semana Mercantil*, 26 de noviembre de 1905.

azúcar.²⁹ Sin embargo, sus actividades comerciales debieron ser poco trascendentes para la economía nacional pues con ellos el apellido De la Torre y la razón social de su empresa, “Tomás de la Torre Sucs.”, dejó de figurar en *The Mexican Year Book* de 1908, así como en *El libro de referencias. Directorio de profesionistas y principales hombres de negocios de la República Mexicana. 1912*,³⁰ ambas obras que dan cuenta de los nombres de los empresarios e industriales más importantes del país en esos años.

A pesar del poco interés mostrado por la descendencia De la Torre, la fábrica de Río Hondo era todavía una empresa rentable. Así lo sugiere el hecho de que, en 1923, fuera adquirida por “Veyan Jean y Cía.”, grupo empresarial francés comprometido con inversiones en los textiles desde principios del siglo XX. Efectivamente, en 1907, “Veyan Jean y Cía.” había adquirido la importante fábrica de “La Magdalena Contreras” y, aún antes, en 1903, había comprado la tienda “La Francia Marítima”, desde la cual comercializarían lo producido por “La Magdalena” y “Río Hondo”.³¹ (Cuadro 2)

Esta compañía francesa sería la última empresa privada propietaria de la fábrica. Antes de 1920, “Tomás de la Torre Sucs.” aún aparecía como la firma encargada de la empresa, pero los De la Torre y Formento, como la gran mayoría de las familias acaudalas, se apoyaron para el manejo de sus intereses en administradores y, en el transcurso de la revolución, las dieron incluso en renta. Éste fue el caso de la fábrica de “San José Río Hondo”, arrendada a la firma “Jesús de la Serna Cía.”.

²⁹ *El Diario*, 16 de julio de 1909.

³⁰ *The Mexican Year Book*, London, Mc Corquodele and Co. Limited, 1908. y Avl. Salazar, México. *El libro de referencias. Directorio de profesionistas y principales hombres de negocios de la República Mexicana 1912*, España, Imprenta de la Viuda J. Gunill.

³¹ Mario Camarena Ocampo, *Jornaleros, tejedores y obreros. Historia social de los trabajadores textiles de San Ángel (1850-1930)*, México, Plaza y Valdés, 2001, pp.38-42.

En 1920 el señor de la Serna –dueño de la firma comercial que llevaba su nombre– compró a Tomás y a María de la Torre y Formento las sextas partes que les correspondían de la propiedad. Más tarde, en 1921, Ignacio de la Torre le vendió también su sexta parte. Finalmente, en 1922, María Luisa, en representación de sus hermanas María Guadalupe y María Laura –quienes vivían en Francia desde 1917–, vendió al señor Jesús de la Serna las tres sextas partes que le faltaban para adquirir la propiedad completa de la fábrica. Fue “Jesús de la Serna y Cía.” quien, en 1923, la vendió al grupo francés “Veyan Jean y Cía. Sucs.” La venta al grupo francés se hizo por la cantidad de ciento cuarenta mil pesos.³² (Cuadro 2)

En 1963, el Banco Nacional de Crédito Ejidal (BANJIDAL), banca estatal, compró la fábrica. Aquella operación pareció ser –al menos así fue vista en su tiempo– un acto gubernamental encaminado a evitar que una empresa antigua, con tradición y de la cual dependían muchos trabajadores, cerrara.³³ Para entonces, la empresa ya carecía de atractivo para alguna nueva inversión y, en 1975 se declaraba en quiebra. (Cuadro 2)

Periodo	Compañía
1866-1881	Isidoro de la Torre y Cía.
1884-1902	Isidoro de la Torre Hnos./Ollivier y Cía.
1902-1920	Tomás de la Torre Sucs./A. Spitalier y Cía.
1920-1923	Jesús de la Serna y Cía.
1923-1963	Veyan Jean y Cía. Sucs.
1963-1975	BANJIDAL

Cuadro 2. Dueños de la Fábrica de hilados y tejidos “San José Río Hondo”

³² AHA, Fondo Aguas Nacionales, Caja 1256, exp. 17245, foja 19. Los edificios de la fábrica estaban valuados en 40,000 pesos y la maquinaria en 90,000 pesos, es decir, se vendió al costo.

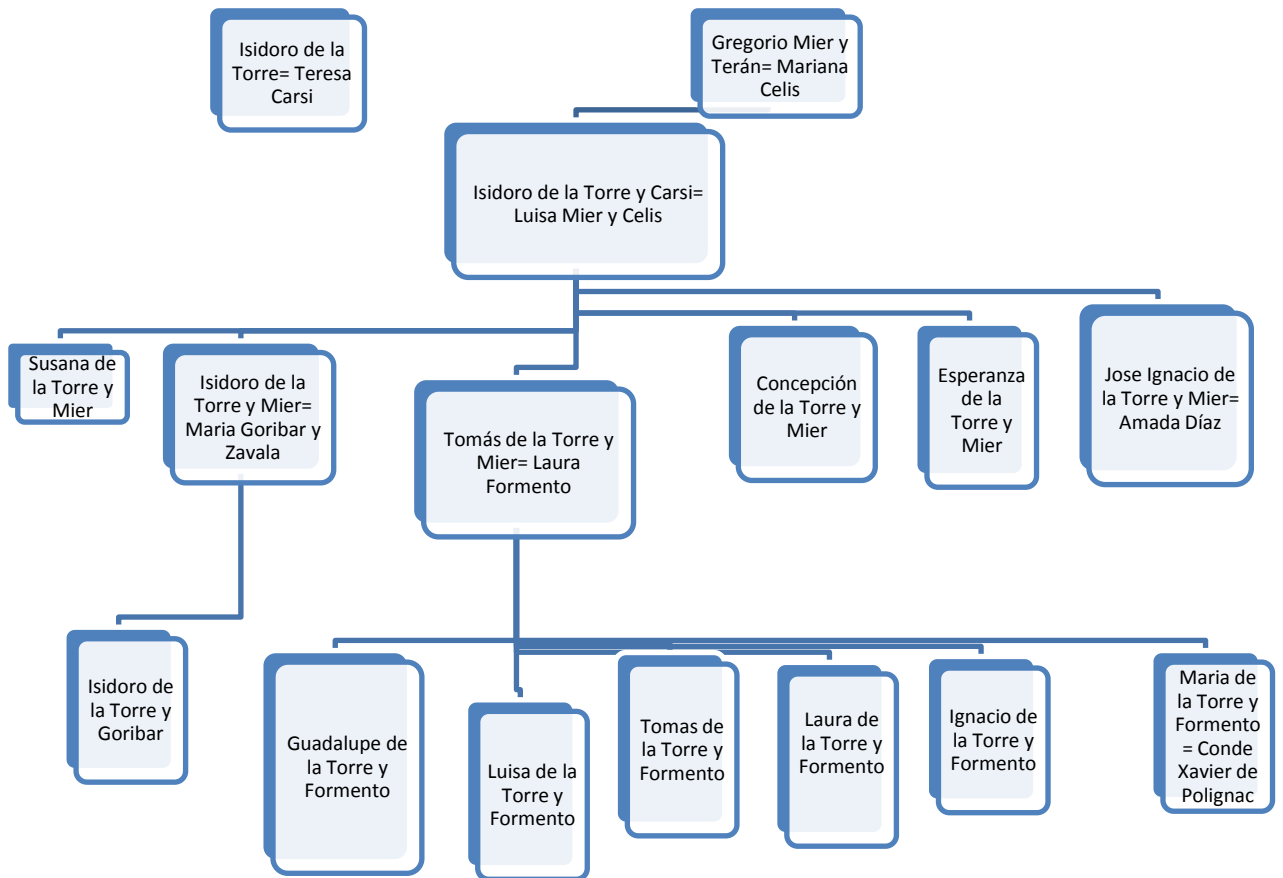
³³ *El Informador*, 13 de julio de 1967.

De este capítulo se pueden hacer las siguientes conclusiones: la fábrica de hilados y tejidos de algodón “San José Río Hondo” estuvo activa a lo largo de cien años aproximadamente. Durante más de la mitad de ese tiempo –tiempo que interesa para este estudio– la familia De la Torre figuró, bajo distintas razones sociales, como propietaria de la misma. Fue la práctica del agio, actividad realizada por Isidoro de la Torre y Carsi durante el segundo momento de su vida empresarial, la que le permitió hacerse de la finca de Río Hondo, así como de otras fincas rurales del estado de México. Por otro lado, las acciones realizadas por De la Torre y Carsi durante su tercer y último momento empresarial fueron fundamentales para el crecimiento de Río Hondo. En su papel de hacendado-comerciante, transformó un molino virreinal en fábrica textil.

El terreno quedó abonado para que durante la administración de sus hijos, los De la Torre y Mier, se diera el mayor crecimiento de la fábrica, crecimiento que se vio reflejado en la asociación con otra casa mercantil, la “Ollivier y Cía.” Seguramente la producción de la fábrica demandaba un capital mayor al que “Isidoro De la Torre Hnos.” podía invertir de manera independiente. Se debe recordar que durante este tiempo (1884-1902) la industria textil en general experimentó un auge del cual “San José Río Hondo” participó.

Finalmente, en la manera en como los herederos de Tomás De la Torre y Mier manejaron la fábrica, puede verse reflejada la crisis que sufrieron los textiles –y la economía en general– en México durante la primera década del siglo XX. Los De la Torre y Formento se concentraron en otras actividades económicas, como en la producción de azúcar; se alejaron tanto de la fábrica

naucalpense que, para el final de su administración, únicamente figuraban como arrendatarios de la misma. Sin embargo, esta fábrica se mantendría varios años más como prueba de su rentabilidad.



Cuadro 3 Genealogía de la familia De La Torre
 Fuentes: “La Libertad” 30 julio de 1884, “El tiempo” 26 de julio de 1910, “Divulgación Histórica” 01 enero de 1939, AHA, fondo Aguas Nacionales, Caja 1256, exp. 17245, foja 19

Capítulo III

La Fábrica

La historia de la industria en Naucalpan inicia en 1866 con la fundación de la primera factoría de la entonces municipalidad: la fábrica de hilados y tejidos de algodón “San José Río Hondo”;¹ ésta, que fue una de las primeras cuatro fábricas de tejidos de algodón que existieron en el estado de México, dejaría de funcionar hasta los años setenta del siglo XX.²

La fábrica se fundó en una finca rural que, a pesar de las turbulencias políticas y económicas que experimentó el país desde finales del siglo XVIII, había funcionado desde tiempos virreinales de manera ininterrumpida como molino de trigo y que, al mejorar las condiciones de la industria en México, cambió su giro por uno más rentable: el de los textiles, rubro que durante el gobierno del General Porfirio Díaz tuvo un gran impulso.

Las preguntas que se plantean en este capítulo son las siguientes: ¿Cómo estaba organizada la fábrica? ¿Cuáles eran los factores que intervenían en la producción? ¿Qué se producía? ¿Dónde se vendía? ¿Cuáles fueron los elementos que ayudaron a la comercialización? Al estudiar la infraestructura de la fábrica se puede conocer, en gran medida, las respuestas a estas cuestiones; pero también es necesario analizar el momento económico que atravesaba el país, para poner el funcionamiento de “San José Río Hondo” en el contexto adecuado.

¹ *El Nacional*, 3 de noviembre de 1978.

² La fábrica “San José Río Hondo” dejó de funcionar el día 18 de agosto de 1975, por haberse presentado en quiebra, AHA, Fondo Aguas Nacionales, Caja 1256, Exp. 17245, Foja 252.

La fábrica por dentro

A partir de la segunda mitad del siglo XIX, los empresarios textiles de la Ciudad de México y sus alrededores empezaron a buscar zonas rurales donde instalarse. Querían alejarse de la capital que, por su diseño urbano, impedía la construcción de grandes centros fabriles; las fábricas que se establecieron en la periferia de la capital contaban con dos características fundamentales: se construyeron según el patrón de “colonias industriales” y el trabajo en la fábrica se trató de organizar según el modelo inglés de producción. Fábricas con estas características exigían terrenos extensos para su buen funcionamiento.

Las colonias industriales en México comenzaron a establecerse desde 1830, distinguiéndose por su tamaño la fábrica textil “Hércules”, en Querétaro. Este modelo fabril implicaba la construcción de industrias alejadas de las grandes ciudades, en terrenos rurales que resultaban más baratos que los urbanos y en los que se buscaba la cercanía a un río para aprovechar la energía hidráulica. Una fábrica construida de acuerdo con este modelo contaban con todos los servicios para los trabajadores y sus familias, como lo eran: casa, escuela, campos de cultivos y la tienda de raya, que pasó a ser un negocio más del centro fabril. Esto resultaba muy conveniente para el dueño de la empresa ya que el ausentismo laboral era casi nulo y los gastos cotidianos de los trabajadores iban a parar a sus bolsillos.³

Por otra parte, el modelo de producción inglés se proponía un ordenamiento racional de las diversas fases del proceso laboral a partir de una minuciosa división de las tareas que cada trabajador debía realizar. Por este

³ Para lo referente a las colonias industriales: Jesús Gómez Serrano, “Una ciudad pujante. Aguascalientes durante el Porfiriato” en *Historia de la vida cotidiana en México tomo IV Bienes y vivencias. El siglo XIX*, Coordinado por Anne Staples, México, FCE-COLMEX, 2005, p.261. y Mario Trujillo Bolio, *Operario Fabriles en el Valle de México (1864-1884) Espacio, trabajo, protesta y cultura obrera*, México, COLMEX-CIESAS, 1997, p. 71.

camino, buscaba alcanzar altos niveles productivos. La idea era asignar una actividad específica a cada trabajador: en lugar de dispersar el esfuerzo de cada uno de ellos en varios quehaceres, se buscaba su concentración; los obreros, identificándose con una tarea, adquirirían una habilidad manual superior de la que alcanzarían si se ocuparan de muchas labores. Sin distraerse, nadie se movía de su lugar de trabajo. El secreto de la organización inglesa del trabajo estaba en un comportamiento obrero identificado con el de la máquina: mecánico, regular, infaliblemente y eficaz; económico en una palabra.⁴

Como colonia industrial, “San José Río Hondo” estaba alejada de la ciudad y aislada del exterior por grandes muros, lo que facilitaba el control de la vida de sus obreros. Contaba con una extensión de cinco caballerías, es decir, 42 hectáreas aproximadamente, en las cuales había: casas para los trabajadores y sus familias, pulquería, carnicería, panadería, campos de cultivo de maíz, cebada y frijol, dos escuelas -una para niños y otra para niñas-, una capilla –a la cual, procedente del vecino pueblo de Los Remedios, un sacerdote iba periódicamente a dar sermones e impartir los sacramentos– y una tienda de abarrotes que, como era la costumbre de la época, mercaba con vales en lugar de dinero.⁵ Los terrenos en esa zona eran baratos –el valor de una hectárea se calculaba en cinco pesos.⁶ Por supuesto, la empresa estaba situada cerca de un río que proporcionaba la fuerza para echar a andar la producción.⁷

⁴ Jean-Paul de Gaudemar, *El orden y la producción. Nacimiento y formas de la disciplina de fábrica*, trad. María Tabuyo y Agustín López, España, Trotta, 1991, (Estructuras y procesos) pp.151-152.

⁵ AHN, Fondo Fomento, Vol.1 Exp. 33; Fondo Fomento, Vol. 4, Exp. 22; Fondo Presidencia, Vol. 3 Exp. 3; Fondo Fomento Vol. 2 Exp. 22; Fondo Eclesiástico, Vol. Único; *El Popular*, 21 de diciembre de 1898.

⁶ AHN, Fondo Fomento, Vol. 4, Exp. 36. Manuel Miño Grijalva, Mario Téllez González (Comp.) *Estadísticas para la historia económica del Estado de México 1824-1911*, México, El Colegio Mexiquense, 1999, p.546.

⁷ AHN, Fondo Fomento, Vol. 4, Exp. 36.

Aunque “San José Río Hondo” cumplía con los estándares de una colonia industrial, la organización de su producción distaba bastante, al menos inicialmente, del modelo inglés. La empresa se organizó, desde un principio, en departamentos de hilado, tejido y estampado, es decir, que buscó un ordenamiento racional de las fases productivas. Sin embargo, como sucedía, de hecho, en gran parte de la industria textil en México, la mano de obra disponible carecía todavía de la disciplina que el modelo exigía: la identificación del obrero con la máquina y la dinámica moderna de producción era casi inexistente; los trabajadores industriales, en general, venían del mundo artesanal y, si bien se incorporaron a las fábricas con un dominio previo sobre el telar –a veces cargaron con el suyo propio–, lo hicieron también con sus costumbres. Esto último tuvo un peso fundamental en la conducta, en la organización y en la concepción del trabajo industrial en todo el país, al menos durante algunos años. De cierta manera, los obreros-artesanos “controlaban” así la producción, pues se laboraba al ritmo que ellos imponían.⁸ También estaban los trabajadores-campesinos que combinaban sus actividades en la industria con sus labores en el campo, es decir, que concentraban su atención en varias actividades, sin la especialización extrema que el modelo exigía.

Por otra parte, quizá el modelo inglés de organización de la producción tampoco era lo que convenía al empresario en aquellos años. Efectivamente, estudiosos del mercado mexicano de la segunda mitad del siglo XIX en México así lo sostienen: afirman que el pretender aplicar estrictamente el modelo, de forma “inmóvil”, “regular”, “infalliblemente” y “eficaz”, hubiera significado un “suicidio empresarial” ya que las máquinas de la industria mexicana,

⁸ Mario Camarena Ocampo, *Jornaleros, tejedores y obreros. Historia social de los trabajadores textiles de San Ángel (1850-1930)*, México, Plaza y Valdés, 2001, p.60.

compradas en el extranjero, respondían a las necesidades de consumo de sus lugares de origen (Estados Unidos o Europa). Las exigencias del mercado mexicano eran mucho menores. Las máquinas en México trabajaban cuando mucho al 50% de sus capacidades, ya que el mercado era incapaz de absorber tales cantidades de bienes. De haber trabajado al 100% se hubiera dado una crisis de sobreproducción temprana; finalmente la crisis de sobreproducción industrial tuvo lugar, pero más tarde en 1908.⁹ Las limitaciones del mercado habrían de obligar también a los empresarios a conservar por algún tiempo equipos antiguos y prácticas artesanales dentro de las fábricas. Utilizar tecnología vieja les permitía cubrir las necesidades de un mercado local o regional, sin sobrepasarse.

Efectivamente, en “San José” convivían medios y formas de producción viejas y modernas. En la década de 1890 se registró una modernización en la maquinaria de la fábrica: a partir de entonces se contó con la potencia proporcionada por una turbina “Gizcuzol”, de cincuenta caballos de fuerza, que trabajaba con agua. La turbina le daba vida a 111 telares de poder y a 300 husos, pero también estaban en actividad cuatro telares de mano que, seguramente, en poco diferían de los utilizados en la época colonial; además se utilizaba la fuerza de 10 asnos y 11 mulas para transportar productos.¹⁰

Ahora bien, más allá de los modelos, más allá de lo viejo o lo nuevo de los instrumentos y prácticas de la empresa para fabricar telas, hay un elemento indispensable para entender la organización y funcionamiento de la fábrica: el río que pasaba por sus instalaciones. Los ríos que alimentaban a las fábricas

⁹ Stephen H. Haber, *Industria y subdesarrollo. La industrialización de México 1890-1940*, México, Alianza, 1992, pp.47-48.

¹⁰ AHN, Fondo Presidencia, Vol. 4, Exp. 13 y Exp.17. “Río Hondo” era una fábrica relativamente pequeña. “La Colmena” y “Miraflores”, fábricas textiles grandes ubicadas en el estado de México, contaban con 263 y 300 telares respectivamente.

textiles podrían considerarse como los corazones de las mismas.¹¹ Del nivel de sus aguas, y de las almacenadas en tiempos de lluvia, dependían: el ritmo de trabajo, el volumen de la producción, los salarios y la vida cotidiana de las comunidades que vivía en las fábricas. En otras palabras, dirigían el desenvolvimiento de la comunidad creada en su entorno. Así, el estudio del Río Hondo y su relación con “San José” es necesario para entender la vida de la fábrica e, incluso, su relación con los pueblos vecinos.

El Río Hondo

En un texto de 1782 titulado “Relación anónima de los ríos que entran en las lagunas del valle de México” se lee lo siguiente:

... Por el santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, entran unidos el río de San Mateo de agua perene, que tiene su origen arriba de Tizapan; el río de Tlalnepantla, en el que entra el de Tepatlasco, y el de Santa María, que son perenes; el río de los Remedios, o San Pablo, que tiene su nacimiento a un lado de Lope Serrano y cuando pasa por debajo de Huixquilucan ya lleva juntos otros dos ríos pequeños y cuando llega a San Bartholome, lleva unida el agua que baja del llano de Salazar.¹²

¹¹ Es cierto que había fábricas que carecían de fuerza motora asociada a un río, pero para finales del siglo XIX y principios del XX, toda fábrica textil importante funcionaba con fuerza hidráulica.

¹² AGN, Desagüe, vol.22, núm.187, citado en Teresa Rojas et. al., *Nuevas noticias sobre las obras hidráulicas prehispánicas y coloniales en el valle de México*, México, SEP-INAH, 1974, (SEPSETENTAS), p.112.

El testimonio anterior es uno de los informes más antiguos que hacen referencia al río Hondo que cruzaba el estado de México. Efectivamente, Salazar era –es– una zona perteneciente al actual Huixquilucan, municipio vecino de Naucalpan, y lugar donde se encontraban los manantiales que le daban forma al río.¹³ Por otra parte, San Bartolomé –o San Bartholome– era el nombre anterior y original de la cabecera de Naucalpan, el actual San Bartolo. ¿Cómo era este río? ¿Cómo era explotado?

Las márgenes del río Hondo podían alcanzar, en algunas zonas, un ancho que oscilaba entre los 12 y 14 metros y taludes que iban desde los 3.50 hasta los 4 metros de altura.¹⁴ Éste era un cauce grande, sin embargo, la cantidad de agua que corría en él, al menos durante el tiempo de secas, era apenas de 2000 litros por segundo y, según Luis Carricart administrador de la fábrica, el caudal era “incalculable en tiempos de lluvia.”¹⁵ Río Hondo era un río pequeño, si bien suficiente para mantener la marcha de una gran turbina durante la mayor parte del año.

El río pasaba por las localidades “huixquiluqueñas” de San Martín, San Francisco y San Bartolito; así como por Río Hondo, San Estaban y San Antonio, estos tres últimos pertenecientes a Naucalpan, para continuar su recorrido hacia Chapultepec, en las afueras de la Ciudad de México.¹⁶ Todavía a finales del siglo XIX, los moradores de estos pueblos utilizaban la arena de las orillas del río para la construcción o mantenimiento de sus viviendas y sus aguas para las actividades de la vida diaria, la agricultura y la ganadería. El

¹³ AHA, Fondo Aprovechamientos Superficiales, Caja 1188, Exp. 16581, Foja 1.

¹⁴ AHA, Fondo Aguas Nacionales, Caja 793, Exp. 9635, Foja 4. Lo que no significa que ese fuera el tamaño del río durante todo el año, sino el volumen que durante la época de lluvias podía alcanzar.

¹⁵ AHN, Fondo Fomento, Vol. 2 Exp. 9. Para tener un parámetro, el Río Bravo, el río más largo de México, tiene un caudal de 120,000 litros por segundo y se considera un río con un caudal pequeño. www.inegi.gob.mx

¹⁶ *Ibidem*.

agua la compartían con la fábrica y con el Ferrocarril Nacional Mexicano, lo que fue causa de conflictos. Por su parte, los pobladores de la capital, que abrevaban igualmente del río, también se quejaron muchas veces de lo sucias que llegaban las aguas después de haber transitado por esos puntos.

En particular, las acusaciones en contra de la fábrica por el uso que hacía del río remitían, además de a la cuestión de la pulcritud de las aguas, a la del volumen de éstas. La finca de Río Hondo había contado con mercedes virreinales de agua otorgadas a favor del molino, con base en las cuales los dueños habían construido una presa a dos kilómetros al sur de sus propiedades. Esta presa daba a la fábrica el control sobre este importante recurso y causaba el descontento de los habitantes de las zonas circunvecinas. Sin embargo, parece que fue hasta después de la Revolución Mexicana, cuando el gobierno intervino a favor de los pueblos y limitó el uso que la fábrica hacía del Río Hondo.¹⁷

En la fábrica de “San José Río Hondo” las aguas del río eran utilizadas para actividades industriales y domésticas. Dentro de las primeras, que eran las que mayor volumen de agua demandaban, estaba la de alimentar las

¹⁷ El uso de los recursos naturales por empresas privadas fue un problema constante a lo largo del Porfiriato, el caso de la fábrica de papel “San Rafael” puede ejemplificar el cómo estas empresas se hacían de los recursos en detrimento de las comunidades aledañas a las fábricas. Industria que por su giro necesitaba de grandes cantidades de recursos naturales, madera y agua principalmente. ¿Cómo logró hacerse de los recursos naturales locales? Hubo tres vías, la primera consistió en conseguir contratos de arrendamiento con el municipio, esto significaba explotar el bosque de Tlalmanalco a placer por cien pesos mensuales; otra fue adquirir propiedades donde se tuvieran estos recursos para su explotación, el tercer método fue la denuncia de veneros –manantiales– y firmar de contratos para el uso de caídas de agua. Lo cual, como en el caso de los contratos por bosque, significaba explotar las aguas a placer por cierta cantidad de dinero que iba a parar a las arcas del municipio. En el caso de Río Hondo, es muy probable que la empresa, además de la merced virreinal de agua, hiciera uso de esta clase de “estrategias”. Rodolfo Huerta González, “Transformación del paisaje, recursos naturales e industrialización: el caso de San Rafael, estado de México, 1890-1934” en Alejandro Tortolero Villaseñor (Coord.) *Tierra, agua y bosques: Historia y medio ambiente en el México central*, México, CEMCA-Instituto Mora-Universidad de Guadalajara-Potrerrillos Editores, 1996, pp.283-315.

calderas y activar la turbina, con lo cual se echaba a andar la producción. La turbina hidráulica multiplicaba la fuerza motriz proporcionada por el paso del agua, para lo cual se servía de la presa, propiedad de la fábrica, que tenía una caída de 16 metros: las turbinas trabajaban al combinarse la fuerza del agua almacenada con la velocidad que ésta adquiría al precipitarse río abajo, gracias a la propia gravedad.¹⁸ Por otro lado, en el departamento de tintorería, las aguas del río se usaban también abundantemente para preparar los colores para teñir las telas.¹⁹

Las aguas debieron haber sido suficientes la mayor parte del año, ya que “San José Río Hondo” careció de tanques de almacenamiento para el agua de lluvia, a diferencia de otras fábricas textiles, para las que dichos tanques resultaban indispensables.²⁰ Con todo, llegó a sufrir de escasez y cuando las aguas del río eran insuficientes, la producción tenía que detenerse –llegó a parar en algunos periodos hasta por veintisiete horas a la semana–, lo cual repercutía en la producción, así como en el bolsillo de los trabajadores que veían reducidos sus salarios.²¹ Por otra parte, si bien en menor cantidad, la fábrica también era alimentada por los manantiales de Agua Azul, Cruz Sánchez, Pocito, Piedra de Amolar, Trabucos y Puente de Sillas, ubicados en la actual delegación de Cuajimalpa.²²

Las aguas del Río Hondo también eran utilizadas por los habitantes de “San José” para consumo doméstico, así como para el cultivo de pequeñas parcelas dentro de las propiedades de la propia fábrica. Se regaban los cultivos

¹⁸ Jesús Rivero Quijano, *La revolución industrial y la industria textil en México*, México, Porrúa, 1990, tomo I, p. 189.

¹⁹ AHA, Fondo Aprovechamientos Superficiales, Caja 1188, Exp. 16581, Foja 5.

²⁰ Como la fábrica “La Magdalena” ubicada en San Ángel.

²¹ AHN, Fondo Presidencia, Vol.3, Exp.16.

²² AHA, Fondo Aguas Nacionales, Caja 1256, Exp. 17245, Foja 134. Lo cual significó problemas con los habitantes de la hoy delegación, que se quejaban de la reducción en el suministro del vital líquido.

de los trabajadores, así como los magueyes de la comunidad; también se daba de beber a los animales criados por los operarios y sus familias. “San José Río Hondo” contaba con una fuente, lo que facilitaba el acceso al agua por parte de los trabajadores. Esto marcaba diferencia con otras fábricas, como las ubicadas en San Ángel, en las que si los habitantes deseaban agua potable tenían que ir a buscarla en las partes más altas de los ríos antes de que el líquido entrara en contacto con las turbinas de las fábricas o hiciera su recorrido por los diferentes departamentos de producción y se volviera inadecuada para el consumo humano.²³

Sin duda, el río Hondo era vital para la vida de la fábrica, pero la existencia de la misma dependía de otros factores como lo eran: el abastecimiento del algodón, el capital invertido –que incluía los recursos para la modernización de la maquinaria y la aplicación de nuevas tecnologías a la producción– y sobre todo, de la demanda del mercado. Es decir, que la existencia y desarrollo de “San José Río Hondo” dependía, obviamente, de qué tan rentable fuera como empresa.

Producción y comercialización

En los años sesenta del siglo antepasado, Isidoro De la Torre y Carsi ya figuraba como propietario de Río Hondo, finca que funcionaba como molino de trigo.²⁴ Éste abastecía de harina a las zonas circunvecinas de Naucalpan. De hecho, el molino de Río Hondo era uno de los encargados de convertir en harina los granos de las haciendas de la familia De la Torre: anualmente, las

²³ Camarena Ocampo, *Op. Cit.*, p.82.

²⁴ *El Monitor Republicano*, 21 de febrero de 1861.

cargas de trigo que molía alcanzaban la cifra de diez mil.²⁵ Pero 1866 había marcado un cambio en la zona de Río Hondo: se había dejado de explotar el trigo y empezado a trabajar el algodón. Ese año el molino se había transformado en fábrica de hilados y tejidos.

En “San José Río Hondo” se producían mantas corrientes de algodón, con la que las clases populares hacían su ropa. A la semana se maquilaban aproximadamente 60 piezas, que se vendían a 2.75 pesos promedio cada una, esto era igual a 2000 y 2600 unidades al mes, lo que significaba anualmente de doce a quince mil piezas, la utilización de 120 mil libras de algodón al año en la fabricación es éstas y ganancias por alrededor de 41250 pesos.²⁶ Las mantas medían treinta varas –unos 28 metros– y pesaban de 3 a 8 libras cada una –las más pesadas eran de cuatro kilos–.²⁷ Los pesos iban acorde a la calidad de las mismas, como en la mezclilla actual, entre más pesada fuera la manta, de mejor calidad era.

Sin embargo, los productos de la fábrica iban más allá de las mantas corrientes: en 1873, procedente de Inglaterra, llegó la maquinaria que permitiría que se fabricaran camisetitas, calzoncillos y calcetines, artículos que hoy en día se venden en una bonetería.²⁸ También se producía hilaza para el consumo propio y la sobrante se vendía a 31 centavos el kilo a otras fábricas que se dedicaban exclusivamente al tejido, o a productores menores, artesanos estos últimos, que habitaban en la municipalidad.

²⁵ AHN, Fondo Fomento, Vol.1 Exp. 33.

²⁶ AHN, Fondo Fomento Vol.4 Exp. 36. Las ya citadas “La Colmena” y “Miraflores” tenían una producción mensual de 2500 y 6000 piezas respectivamente, lo que sugiera una producción promedio por parte de “Río Hondo”, a pesar de tener menos husos que “La Colmena”, y sitúa a la fábrica textil de “Miraflores” como una de las más importantes en el rubro; al menos en el estado de México.

²⁷ AHN. Fondo Fomento, Vol. 3 Exp.5.

²⁸ *El Siglo Diez y Nueve*, 3 octubre de 1873.

La producción de “San José” era variada y también innovadora: a mediados de la década de los setenta, la empresa incorporó técnicas modernas que hacían uso de los últimos descubrimientos químicos para el ramo: “San José Río Hondo” fue la primera industria textil en el país en “donde se hizo el estampado de colores sobre lienzos de la misma fábrica”,²⁹ en otras palabras, la primera en integrar tres procesos productivos: hilado, tejido y estampado. Para poder llevar esto a cabo, los dueños De la Torre se asociaron con Grailler y Olivier: “Isidoro de la Torre y Cía.” concentró su capital en los procesos de hilado y tejido; mientras que “Ollivier y Cía.” se encargó del proceso de estampado.

El peso dentro de la fábrica de los señores Andrés Grailler y J. Gray Ollivier era considerable, pues además de encargarse del estampado, su casa mercantil, “Cajón del Sol”, vendía los artículos de la fábrica en la Ciudad de México, como tiempo después lo haría el grupo “Veyan Jean y Cía.” en su tienda “La Francia Marítima”. La participación directa de los comercializadores de telas en la producción industrial representaba un cambio en las prácticas heredadas de la colonia, que siempre sujetaban al productor a los intereses del agente comisionista, que era el mediador entre el productor y el consumidor final. El que los dueños de una fábrica tuvieran una tienda propia donde vender sus mercancías implicaba un mayor control en la distribución de sus productos, es decir, la existencia de un sistema de comercialización sofisticado, aunque descentralizado.³⁰

Las ferias y exposiciones comerciales constituían espacios privilegiados para promover la venta de manufacturas. La empresa “San José Río Hondo”

²⁹ *La Colonia Española*, 21 de junio de 1877.

³⁰ Stephen Haber, *Industria y subdesarrollo. La industrialización de México 1890-1940*, México, Alianza, 1992, p. 83.

recurrió, ella también, a la presentación de sus productos en exposiciones nacionales.³¹ El gobierno del estado de México, encabezado por José Vicente Villada, organizó dos importantes: una en 1883 y otra en 1902. Río Hondo participó en la segunda de éstas. Su importancia iba más allá de presentar las mantas de mayor calidad producidas en sus telares en una feria local; lo valioso de las exposiciones organizadas por Villada era su carácter nacional: eran visitadas por personas de toda la república.³²

Otro elemento clave en la comercialización de las manufacturas de la fábrica fue el ferrocarril. Antes de él, los costos de transporte –ya fuera por las condiciones naturales, la inseguridad de los caminos y/o las alcabalas– limitaban el acceso de las empresas a los mercados.³³ Fue el Ferrocarril Nacional Mexicano el que comunicó al estado de México a su interior y con otras zonas del país. Las vías más importantes que se tendieron en la región se construyeron entre 1880 y 1890, y pueden clasificarse en tres grupos: las que pusieron en contacto a la entidad con la frontera norte de México, las que facilitaron el contacto entre varios estados de la república en favor del desarrollo de un mercado regional/nacional y las que incrementaron el intercambio comercial local.

El 13 de septiembre de 1880, el Congreso otorgó a la empresa de William J. Palmer la concesión para tender dos líneas férreas: una de la capital de la República a Manzanillo y la otra de la Ciudad de México a Nuevo

³¹ Al parecer, se prefirió éstas en lugar de los anuncios en la prensa nacional pues, al revisar las publicaciones de esos años, ningún anuncio comercial de la fábrica apareció en los periódicos.

³² *El Tiempo*, 17 de octubre de 1902.

³³ Aurora Gómez-Galvarriato "Fragilidad institucional y subdesarrollo: la industria textil mexicana en el siglo XIX" en Aurora Gómez-Galvarriato (Coord.) *La industria textil en México*, México, Instituto Mora-El Colegio de Michoacán-El Colegio de México-UNAM, 1999, p.171.

Laredo.³⁴ La línea que iba de México a Manzanillo era la que pasaba cerca de la fábrica de Río Hondo. Y efectivamente, la circulación del ferrocarril por “San José Río Hondo” permitió un aumento en el movimiento de la población de la región, y mayor rapidez en el contacto de la empresa con sus consumidores y socios de la Ciudad de México; facilitó la entrada de maquinaria y equipo para la fábrica, así como el traslado de sus manufacturas a la capital y otros puntos de la República.³⁵

“San José Río Hondo” era una fábrica textil productiva, innovadora, que supo aprovechar espacios y nuevas vías de comunicación para expandirse. Desde luego, como la colonia industrial que era, mantuvo una pequeña producción agrícola a su interior, fundamentalmente para el autoconsumo, aunque también llegaban a venderse algunos de sus excedentes. Los campos de cultivo producían suficiente para cubrir las necesidades de la población de la fábrica y los excedentes eran vendidos en las zonas cercanas: el maíz se vendía a 3 y 4 pesos la caja y el frijol entre 5 y 7 pesos la caja; la cebada de la finca, en cambio, era insuficiente para venderse fuera, como también lo era la producción de pulque ya que, para cubrir la demanda interna, debía traerse la bebida de otros lados, como de la vecina hacienda “El Prieto”.³⁶ Aunque su autosuficiencia fuera parcial, la colonia industrial funcionaba bien a su interior. Lo contrario ocurría con el modelo inglés de producción, que también quiso instaurarse. El desarrollo del país exigía ajustes a un modelo surgido de otras experiencias y de una economía mucho más potente. Los ajustes se hicieron

³⁴ La primera seguía la ruta: Toluca-Maravatío-Acámbaro-Morelia-Zamora-la Piedad-Manzanillo; la otra tenía el siguiente recorrido: México-San Luis Potosí-Saltillo-Monterrey-Nuevo Laredo.

³⁵ Para lo relacionado con el ferrocarril: Margarita García Luna O., *El movimiento obrero en el Estado de México. Primeras fábricas, obreros y huelgas (1830-1910)*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, pp. 68-79.

³⁶ AHN, Fondo Fomento, Vol.1 Exp. 33; *El Popular*, 21 de diciembre de 1898.

en la práctica y, al menos por un tiempo, se contuvo el riesgo de la sobreproducción manufacturera.

La fábrica de “San José Río Hondo” contó con una inversión de capital importante y fue rentable, aún se carece de sus registros contables para probar la magnitud de sus ganancias, así lo sugiere el hecho de haya logrado agrupar bajo sus techos tres procesos productivos: hilado, tejido y estampado; también el que haya logrado una línea de producción diversificada –mantas, prendas de ropa interior e hilaza–, así como su asociación directa con empresarios de casas comerciales.

Capítulo IV

Radiografía social de una comunidad fabril

“San José Río Hondo” se levantó en una antigua finca, finca donde se mantuvo la dinámica de la vida comunitaria rural de la región. La población de “Río Hondo” estaba conformada por los trabajadores de la fábrica y sus familias; a ella pertenecían también los administradores, directivos y los pequeños comerciantes del lugar, como también aquellos que prestaban servicios a éstos últimos.

En “Río Hondo” habitaban franceses, españoles y mexicanos. Los primeros, unos cuantos apenas, con sus familias, formaban la punta de la pirámide social de la localidad, invariablemente ostentaron cargos de administradores o directores de la fábrica; los españoles se encargaban del comercio de los textiles y eran los dueños de la tienda de abarrotes, aunque siempre fueron una minoría en la comunidad, en jerarquía social local se hallarían en segundo lugar. Finalmente, la base social de esta pirámide la formaban los trabajadores mexicanos y sus familias. Ellos constituían realmente la comunidad de “San José Río Hondo”, de la que se presenta ahora una radiografía social.

¿Cómo estaba integrada la comunidad que habitaba la finca de “Río Hondo” a mediados del siglo XIX? ¿Cuáles fueron los cambios que experimentó en su conformación social al momento de la instalación de la fábrica textil? ¿Qué impacto tuvieron las nuevas actividades económicas en la transformación de los oficios que tradicionalmente se ejercían en la localidad? ¿Qué tanto creció la comunidad durante la segunda mitad del siglo?

La fábrica de hilados y tejidos “San José Río Hondo” llevó a cabo minuciosos registros poblacionales de la comunidad que habitaba en los límites de sus propiedades, de los cuales se conservan los correspondientes a los años: 1865, 1870, 1882, 1883, 1885, 1887 y 1893. Se trata de padrones que incluyen número de habitantes por sexo y edad, estado civil, oficio y, en algunos casos, lugar de procedencia. Los padrones fueron elaborados por los administradores de “Río Hondo”, a petición del gobierno local; éste, a su vez, los utilizaba para informar el estado que guardaba la industria de la municipalidad. Generados también por la administración de la fábrica, existen registros del número total de habitantes en el lugar para los años de 1891 y 1896, así como del número de asalariados con los que contaba la fábrica en 1902.¹

Con base en estos registros es posible conocer la evolución de la comunidad de la fábrica a lo largo de casi 40 años: aumento o disminución de población, labores y oficios, demanda de mano de obra. En resumen, estos registros proporcionan información suficiente para acercarse a una comunidad rural y fabril, a su conformación social, a las actividades de sus integrantes y al cómo se modificó durante la segunda mitad del siglo XIX.

De molino a fábrica

La fábrica “San José Río Hondo” se construyó en una finca de Isidoro de la Torre que funcionaba como molino de trigo, en donde se desarrollaban algunas actividades agrícolas y de pastoreo menor. La empresa, al cambiar su giro industrial, conservó estas actividades y, como era la usanza en la época, los

¹ Los datos fueron extraídos de AHN, Fondo Presidencia, Vol. 7, Exps. 21, 22, 23 y 24; y Vol. 1 Exps. 1 y 3.

trabajadores que se incorporaron a la producción fabril y sus familias, se asentaron dentro de los terrenos de la propia fábrica, con esto se ensanchó el número de pobladores que vivían en la finca de tiempo atrás. Durante los primeros años de actividad textilera, la población local se multiplicó –en cinco años creció un 21% y, en los doce años siguientes aumentó el cuádruple–. Pero el crecimiento poblacional se detuvo, de hecho, a partir de fines de la década de 1880: la población local disminuyó de manera considerable y mantuvo esa tendencia en los siguientes años. (Cuadro 4)

Años	Rangos de edad								Total de habitantes	Asalariados
	0 a 10	10 a 20	20 a 30	30 a 40	40 a 50	50 a 60	60 a 70	70 a 80		
1865	30	37	47	28	17	2	3		242	107
1870	90	63	65	50	25	7	4		304	102
1882	170	112	170	112	54	12	6	1	637	212
1883	121	91	134	86	47	18	5	3	505	88
1885	139	84	114	82	63	24	6	5	517	86
1887	115	80	61	60	48	16	1	2	383	85
1891									351	
1893	100	85	62	52	27	19	5	3	353	130
1896									350	
1902										122
Promedio									404	116

Cuadro 4 Número de habitantes por rango de edad de “San José Río Hondo”

Fuentes: AHN, Fondo Presidencia, Vol. 7, Exps: 21, 22, 23, 24; Vol. 3, Exps: 1, 3

En 1865, un año antes de la transformación del molino en fábrica, los moradores de “Río Hondo” ascendían a 242 habitantes.² Esta población estaba conformada por los trabajadores y encargados del molino y sus familias, de manera que en la finca vivían desde niños pequeños hasta ancianos de 70 años. Con todo, la población mayoritaria en la finca en ese entonces era de jóvenes adultos –de entre 20 y 30 años–, seguida por niños –de 0 a 10 años– y “adolescentes” –de 10 a 20–.³ Efectivamente, en el molino vivía gente muy joven: el 63% de la población estaba por debajo de los 30 años de edad. (Gráfico 1)

El 37% restante de la población se distribuía entre los adultos: personas de 30 a 60 años de edad y ancianos mayores de 60 años. A partir de los 30 años de edad, los habitantes disminuían paulatinamente en número y pocos superaban el medio siglo de vida.⁴ (Gráfico 1)

² En el padrón de este año sólo aparecen registrados 164 varones, ni mujeres ni niñas aparecen empadronadas. Sin embargo, de los 164 trabajadores, 78 aparecen como casados por lo que el número total de habitantes no debió ser inferior a 242. Este es el único padrón donde no aparecen registradas las mujeres.

³ La palabra “adolescentes” es un anacronismo, mas se utiliza para una mejor agrupación de los rangos de edad.

⁴ Esta estructura de edades de la comunidad de “San José Río Hondo” era similar a la mayor parte del país. Véase Moisés González Navarro, *El Porfiriato. Vida social. Vol. IV. Historia moderna de México*, Daniel Cosío Villegas (Coord.) 4ta edición, México, Hermes, 1985, p.52. El promedio de vida en la Ciudad de México para 1895 se calculaba en 31 años.

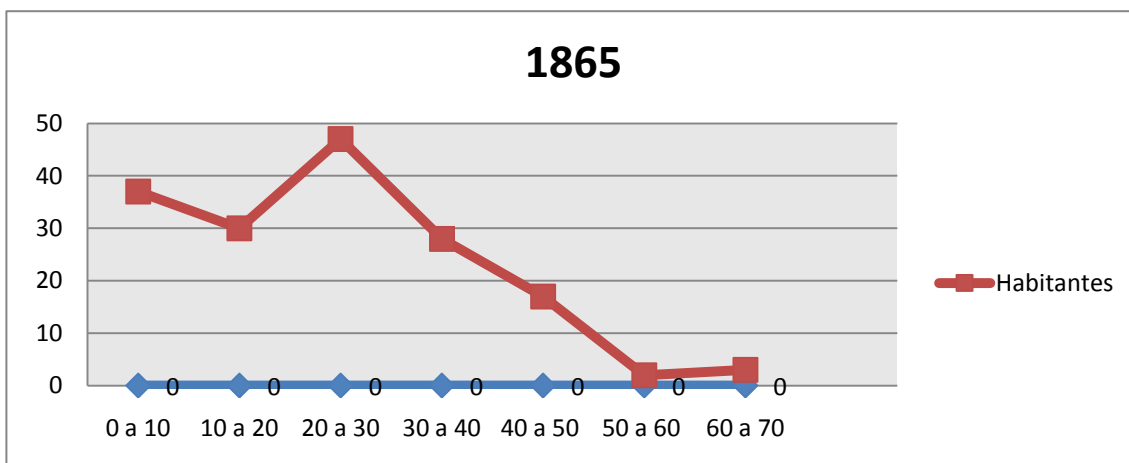


Gráfico 1
 Número de habitantes por rango de edad en el molino de Río Hondo 1865
 Fuente: AHN, Fondo Presidencia, vol.7, exp. 24

Los oficios que se ejercían dentro de la finca en 1865 iban más allá de aquellos relacionados con la molienda del trigo. En la finca vivían y laboraban, por ejemplo, tejedores y “fabricantes” –el término durante la época se utilizaba para describir a todo trabajador dedicado a transformar las materias primas en manufactura, en este caso, posiblemente dedicado a hacer artículos para el hogar como ollas, vasijas y platos–. Estos dos grupos de artesanos formaban parte de la comunidad integrada en torno al molino, tanto como lo hacían el propio molinero y el panadero; además estaban quienes se ocupaban en actividades agrícolas, de construcción y reparación o en servicios y pequeño comercio.

Efectivamente, la finca contaba con jornaleros, encargados de los cultivos a pequeña escala que había en “Río Hondo”. Los granos que se sembraban en la localidad eran: maíz, frijol y cebada, en su mayoría para autoconsumo.⁵ Además, existía también la figura del tlachiquero, encargado de la labor de raspar los magueyes para extraer el aguamiel con la que se

⁵ AHN, Fondo Fomento, vol.1, exp. 33.

fabricaba –fabrica– el pulque, y un pastor responsable del cuidado de algunas cabras, burros y mulas. Por su parte, había albañiles, ladrilleros, carpinteros y herreros, quienes tenían bajo su responsabilidad la construcción y reparación de la finca, así como el mantenimiento de la maquinaria del propio molino. Junto a éstos, estaban los carretoneros: encargados de trasportar los desperdicios que el molino –y posteriormente la fábrica– generaba.

Finalmente, el carnicero y un comerciante –seguramente el tendero– se sumaban al entramado social de la finca. Con ellos convivían el director y el administrador del molino y otros dependientes administrativos. Todos ellos en conjunto le daban vida a la comunidad de “San José Río Hondo”. (Anexo 1)

De los 164 hombres registrados como habitantes de la finca en 1865, 107 recibían un pago por el trabajo que realizaban; desde luego que un buen número de las personas restantes –niños, mujeres y ancianos, inclusive– también colaboraban en las actividades económicas y en los servicios locales, pero sin recibir remuneración económica.

Ciertamente, los pobladores de “Río Hondo” constituían una comunidad rural, dedicados en su mayoría a las labores artesanales y otros más a las actividades del campo en pequeña escala. Este patrón cambiaría gradualmente con el paso del tiempo.

El arranque de la fábrica

Para 1870 –cinco años después, convertida la finca en fábrica–, la población local ascendía a 304 habitantes. Los niños habían aumentado al triple y se estableció un equilibrio entre adolescentes y adultos jóvenes, de tal forma que “San José Río Hondo” era una fábrica donde el 71% de sus habitantes tenían a

lo mucho 29 años. En cualquier caso, la población de adultos y ancianos también aumentó casi al doble en comparación con la de 1865. (Gráfico 2)

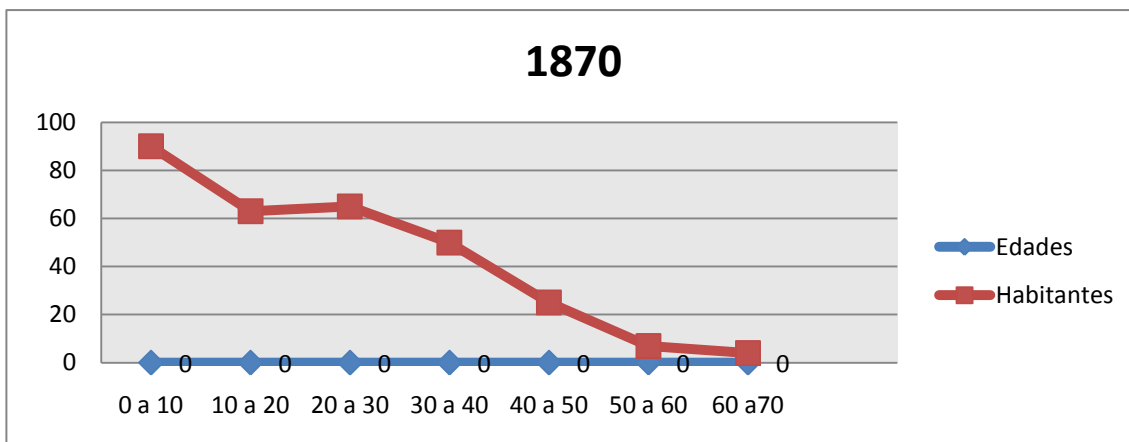


Gráfico 2
Número de habitantes por rango de edad en la fábrica de Río Hondo 1870
Fuente: AHN, Fondo Presidencia, vol.7, exp. 21

La transformación del molino de trigo en fábrica textil representó cambios mayores. Hilados, tejidos y estampados requieren trabajadores con oficios muy diferentes a los que necesita un molino. Con todo, los dueños de “Río Hondo” mantuvieron las actividades que los pobladores desarrollaban. El molino funcionó todavía varios años como parte de la nueva fábrica, los campos de cultivo también eran explotados y los burros y mulas –que en conjunto alcanzaban las 20 cabezas– siguieron presentes en el inventario de la empresa.⁶

La familia De la Torre, al erigir la fábrica, conservó a muchos de los trabajadores de la antigua finca. El padrón de 1870 registra 56 nombres que se encontraban en el padrón de 1865, año en que la actividad central de la finca era el molino de harina. La mayoría de estos trabajadores eran artesanos,

⁶ En referencia a los campos de cultivo, para 1926, los trabajadores de Río Hondo pedían que se les dotara de esas tierras como parte de la reforma agraria. AHN, Fondo Fomento, Vol. 10.

indudablemente acompañados de sus familias. La permanencia de casi la mitad de la población trabajadora de la finca como parte de la comunidad de la nueva fábrica respondía, en parte al menos, a los lazos paternalistas que se tendían entonces entre patrones y trabajadores y que, de alguna manera, comprometían a los primeros con el futuro de los segundos. Pero también, como apunta Stephen Haber, para una fábrica textil nueva era difícil encontrar obreros calificados: “existía un gran número de trabajadores no calificados, pero imperaba una escasez de trabajadores calificados como tejedores.”⁷ En otras palabras, ante la dificultad de encontrar obreros especializados para la industria textil, se echaba mano de quien se tenía al alcance.

El año de 1870 fue una época de cambios en la conformación social de la comunidad de “San José Río Hondo”: aunque varios trabajadores del molino se mantuvieron, gente nueva había llegado al “vecindario”. Se agregaron al entramado social de la comunidad nuevos oficios. Fue el caso del hojalatero complemento ideal del herrero, necesario para mejorar el aspecto de las máquinas dañadas y evitar la humedad o corrosión de las mismas;⁸ los empleados domésticos y cocineros, al servicio del administrador, y los dependientes de la fábrica y sus familias; los maquinistas, encargados de la vigilancia y control del sistema hidráulico, de las máquinas de vapor y de las calderas, así como de la supervisión de las poleas que permitían la generación de energía para los telares. Se sumaron también los maestros de cardo y telar; los primeros ocupados en la verificación del proceso de afelpado y peinado de las fibras de algodón y los segundos encargados de inspeccionar el buen

⁷ Stephen H. Haber, *Industria y subdesarrollo. La industrialización de México 1890-1940*, México, Alianza, 1992, p.54.

⁸ Las definiciones de los oficios son de Mario Trujillo Bolio, *Operario Fabriles en el Valle de México (1864-1884) Espacio, trabajo, protesta y cultura obrera*, México, COLMEX-CIESAS, 1997, pp.95-98.

acabado de los tejidos. Además, en el transcurrir de esa década se agregó a la fabricación de hilados y tejidos la actividad del estampado, con el personal correspondiente dedicado a él. (Anexo 2)

La fábrica debió demandar para su arranque un gran número de manos, aunque la nómina de 1870 haya consignado únicamente a 102 trabajadores asalariados, es decir, al 33% de la población local. Sin duda, como en otras fábricas de la época, se echaba mano del trabajo de niños y mujeres sin darles un pago por sus servicios. Y la producción debió demandar un gran número de manos, porque el obrero calificado, adiestrado en la industria fabril y, por tanto, muy productivo, era escaso. Como Haber señala: “la productividad de la mano de obra mexicana era más baja que la de países industrializados, la clase trabajadora tenía sus raíces en el campesinado, muchos acababan de llegar del campo o iban y venían de la fábrica a la tierra. Por lo tanto, laboraban al ritmo del campesinado, un ritmo mucho más lento que el del proletariado industrial; los trabajadores se negaban a cambiar sus tradicionales hábitos laborales para aumentar la productividad o lograr una mayor disciplina en los centros industriales.”⁹ Lo que podría significar, para el caso de la fábrica de “San José Río Hondo”, que el trabajo de sus 102 asalariados y familiares sin paga hubiera podido ser realizado, incluso, con menos manos si se hubiera contado con una base de trabajadores industriales bien entrenados.

Cambio demográfico y social

1882, trascurridos doce años después del segundo registro de habitantes de la fábrica, fue un momento de auge en el desarrollo de la misma. En ese año se

⁹ Haber, *Op. Cit.*, p.52.

registró la mayor cantidad de habitantes en la localidad. En comparación con el año de 1865, los pobladores crecieron al cuádruple; con relación a 1870, se multiplicaron por más del doble. Las personas que vivían y trabajaban en “Río Hondo” en 1882 eran 637, de las cuales 212 eran remuneradas por la fábrica por sus servicios. (Anexo 3)

El grueso de la población de la localidad en 1882, como en 1870, lo conformaban los niños y adultos jóvenes; debajo de ellos estaban los adolescentes. Y al sumarse esos tres grupos de edad, resultaba que el 72% de las personas que vivían en la fábrica tenían menos de 30 años. Esta situación se mantuvo constante en los años posteriores. Aunque los registros de población muestran que había algunos trabajadores que llevaban casi 20 años en la finca, el que tras doce años el grueso de su población se haya mantenido por debajo de los 30 años de edad, sugiere que la fábrica de “Río Hondo” se convirtió en un lugar de vivienda temporal, donde nuevos grupos de trabajadores iban y venían constantemente. (Gráfico 3)

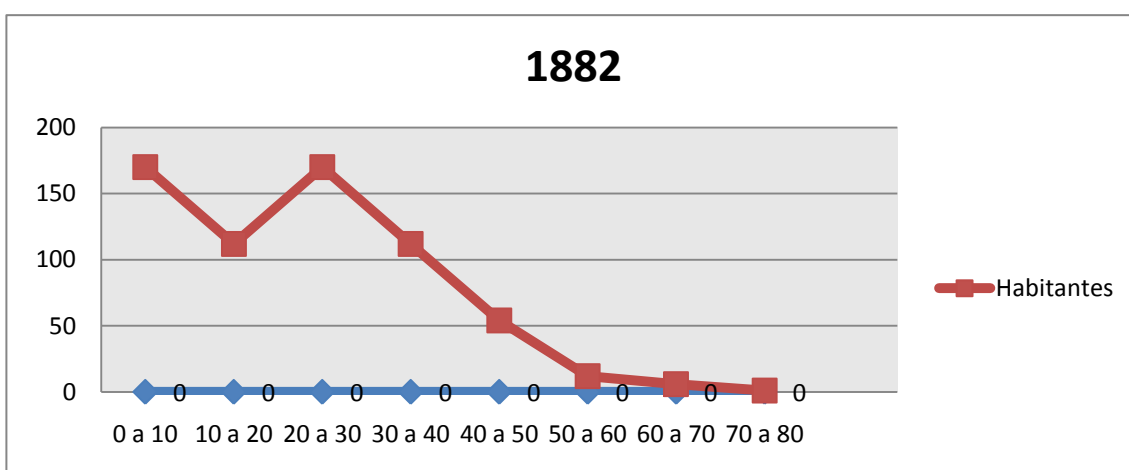


Gráfico 3
Número de habitantes por rango de edad en la fábrica de Río Hondo 1882
Fuente: AHN, Fondo Presidencia, vol.7, exp. 21.

El historiador Mario Camarena Ocampo señala que la movilidad de los trabajadores textiles fue un elemento que los definió como clase. Durante el siglo XIX, éstos se movían de una fábrica a otra en busca de mejores condiciones de vida y trabajo. En el caso de Río Hondo, algunos trabajadores “originarios” de las fábricas textiles de Contreras y Miraflores iban a pasar temporadas a Naucalpan.¹⁰ De hecho, aunque se desconoce el nombre específico de las fábricas de donde venían, los registros poblacionales de “San José Río Hondo” indican como lugar de origen de varios de sus trabajadores las zonas textiles de San Ángel, Tlalpan y Querétaro.¹¹ La emigración de los obreros respondía a esfuerzos por mejorar, pero también se daba el caso de que algunos empresarios, ante la escasez de mano de obra, se dirigieran a otros industriales en busca de hombres y mujeres para sus fábricas y lograran el reforzamiento, al menos temporal, de su producción.¹²

Con todo, la mayoría de los trabajadores de “San José Río Hondo” para esta fecha eran originarios de la fábrica: al menos el 29% de ellos había nacido y crecido en la finca. A su vez, la fábrica complementaba la nómina de sus trabajadores, más que con operarios de otras fábricas, con los pobladores de las comunidades cercanas a Río Hondo: San Antonio, San Luis Tlalilco, San Esteban, San Rafael, todas éstas en la municipalidad de Naucalpan. Como Camarena Ocampo apunta: “el trabajo fabril era una alternativa temporal a su actividad agrícola, creándose con frecuencia rutas de migración entre los

¹⁰ Mario Camarena Ocampo, *Jornaleros, tejedores y obreros. Historia social de los trabajadores textiles de San Ángel (1850-1930)*, México, Plaza y Valdés, 2001, p.46.

¹¹ AHN, Fondo Presidencia, Vol.7, Exp. 21 y 22.

¹² Camarena Ocampo, *Op. Cit.*, p.68.

lugares de origen de los trabajadores-campesinos y los lugares donde la industria se desarrollaba”.¹³ (Anexo 8 y 9)

En 1882 aparece, por primera vez, el registro de “obrero” y “operario” dentro de la clasificación de los oficios que se practicaban en la fábrica.¹⁴ Antes, los registros hablaban de “fabricantes”. Esto implicaba, indudablemente, un cambio en la manera de entender la relación trabajador-patrón; se modificó el viejo trato paternal por una mayor disciplina y un trato más impersonal; este cambió también da cuenta de relaciones con trabajadores más especializados (Anexo 3)

Conforme la fábrica diversificaba su producción, crecía el número de maquinistas y de comerciantes: se incorporó a la nómina de la empresa, por ejemplo, el maestro de hilado, que fungía como supervisor de toda la fase de hilado, lo que supone una ampliación en ese departamento. Asimismo, aparecieron nuevos oficios en la lista del personal empleado como el químico, el grabador y el molinero, ubicados en el departamento de tintorería y estampados -cabe aclarar que el molinero se encargaba de moler las materias primas como el añil, palo de tinte y alumbre, que en el departamento de tintorería se utilizaba para el teñido de la fibra-. Por otro lado, estos nuevos oficios implicaron una modernización en la producción, modernización que debió ser parcial ya que el trabajo artesanal se mantuvo de manera significativa, constituyendo el 16% del trabajo remunerado por la empresa. (Anexo 5)

¹³ *Ibidem*, p.47.

¹⁴ Operario era la designación más común que en el siglo XIX se utilizó para referirse al obrero textil, el que en el registro se haga una diferenciación entre unos y otros posiblemente tenga relación con los salarios que percibían.

Un año después, en 1883, hubo cambios importantes al interior de la fábrica. De los 212 trabajadores que recibían remuneración por su trabajo en 1882, el número se vio drásticamente reducido a 88. Este cambio repercutió de manera sensible en el tamaño de la comunidad local: el número de sus integrantes disminuyó de 637 a 505 personas, lo que significó una reducción del 21%. La presencia en los registros de trabajadores de un fogonero, un gasero y un encargado de regular el agua, habla del uso de máquinas de vapor en el proceso de producción, lo cual podría explicar la reducción de personal en “San José Río Hondo”. La función del “aguador” iba más allá de acarrear el líquido: dicho trabajador estaba encargado de suministrar agua para la fábrica, a partir del control del líquido distribuido en tarjeas, acequias y presas, como en el sistema de rudas hidráulicas que permitían la generación de energía para los telares. (Gráfico 4)

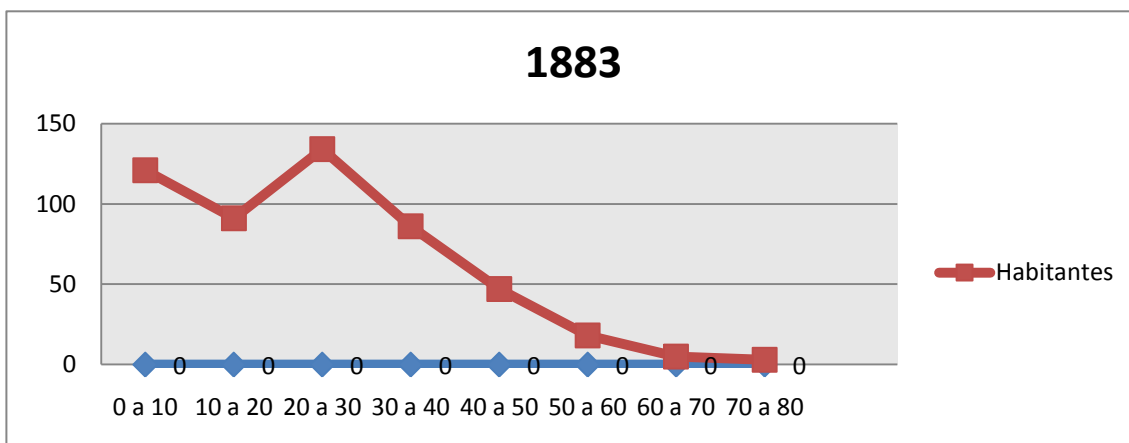


Gráfico 4
 Número de habitantes por rango de edad en la fábrica de Río Hondo 1883
 Fuente: AHN, Fondo Presidencia, vol.7, exp.21

Sin duda, ese año marcó también cambios a nivel de la ampliación de la gama de elementos producidos y diversificó los oficios a los que se dedicaban los trabajadores: apareció, por ejemplo, la figura del “bonetero”. Aparte de mantas, hacia 1883 deben haberse empezado a producir gorros en una cantidad

importante, ya que los boneteros significaban el 21% de la mano de obra remunerada, superada sólo por la de los tejedores y los jornaleros.

Surgieron también el batanero, que ejecutaba la tarea de imbricar, apretar y unir la lana y algodón con el objeto de dar textura y consistencia a las fibras al momento en que éstas se entrecruzan para fabricar el hilo; el devanador, quien hacía ovillos y enrollaba carretes con el hilo de las madejas que iban a ser teñidas en el departamento de tintorería; el urdidor que preparaba en bobinas y peines el conjunto de hilos que requería el telar para formar el tejido; el doblador, asignado a plegar y hacer dobleces en las telas para que fueran estampadas; el engomador que aplicaba goma disuelta a las telas, con el propósito de que éstas tuvieran lustre; y el carretero, encargado del correcto funcionamiento de los husos y telares. El hecho de que dichos oficios hicieran su aparición en los registros en este año sugiere el uso de una maquinaria que necesitaba manos especializadas para su manejo. Esto a su vez implicó una menor participación de los artesanos en la producción de la fábrica. A partir de entonces, los artesanos o “fabricantes” –al menos con ese nombre genérico– fueron borrados de los padrones de la fábrica. (Anexo 4)

Comunidad equilibrada

Las tendencias demográficas y de ocupación en la comunidad de la fábrica “San José Río Hondo” cambiaron muy poco en 1885. (Gráfica 5). Por el contrario, en 1887, la población decreció un 40% y los niños menores de 10 años volvieron a ser la parte proporcional más grande de la población local: el 30% de los habitantes de la fábrica. Por su parte, la población en los rangos de edad que iban de los 20 a los 50 años de edad encontró un equilibrio que en

ninguno de los años registrados con anterioridad se había presentado. Estos grupos en conjunto, constituyeron el 44% de la fuerza laboral del centro fabril en 1887. (Gráfico 6).

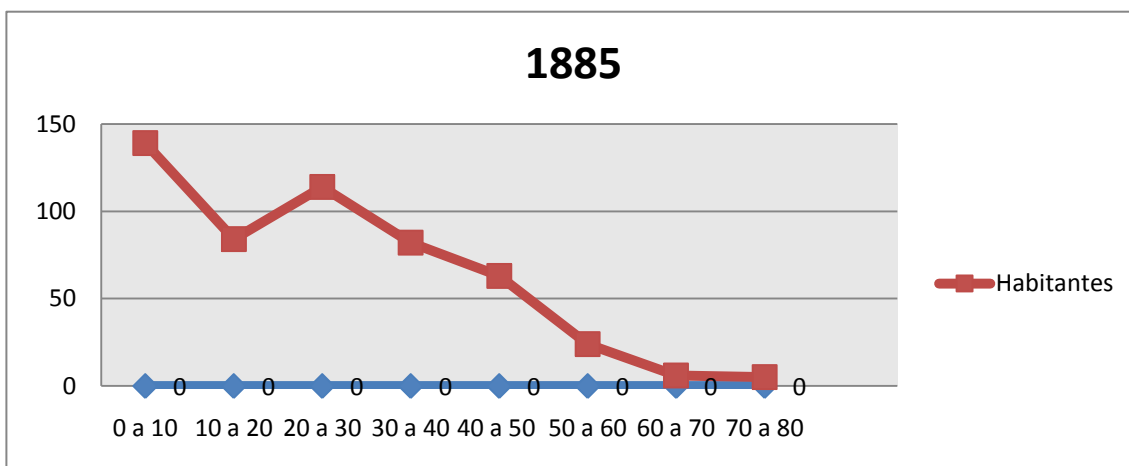


Gráfico 5
 Número de habitantes por rango de edad en la fábrica de Río Hondo 1885
 Fuente: AHN, Fondo Presidencia, vol.7, exp. 22

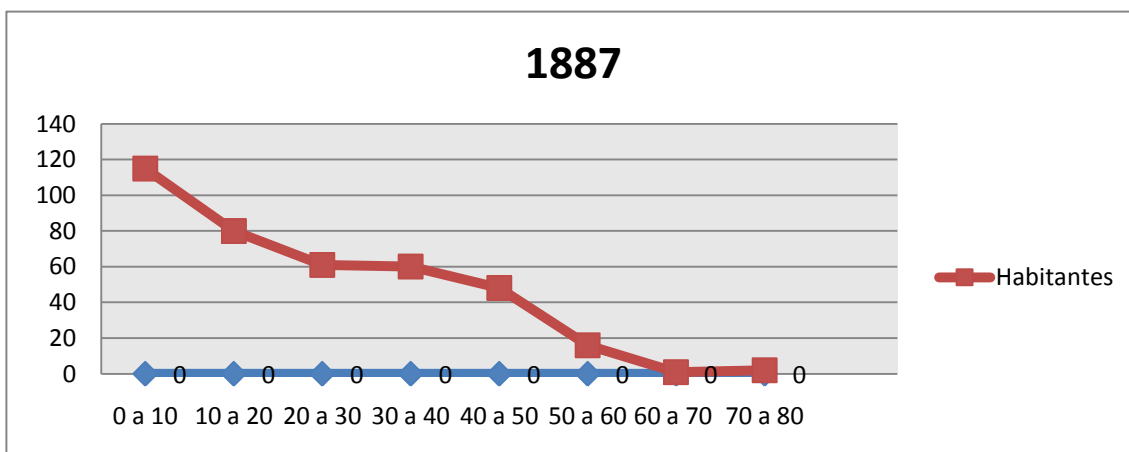


Gráfico 6
 Número de habitantes por rango de edad en la fábrica de Río Hondo 1887
 Fuente: AHN, Fondo Presidencia, vol. 7, exp. 22.

Por otro lado, en ese mismo año de 1887, el número de adultos jóvenes se redujo casi a la mitad en comparación con los años anteriores, pero el número de niños se mantuvo constante. Es posible que esto sólo traduzca un

fenómeno de familias con descendencia más numerosa que antes, de suerte que, aún si la población adulta decrecía, la población infantil seguía una tendencia contraria. (Gráfico 6)

El último de los registros de habitantes de la fábrica localizado permite seguir la transformación demográfica y de oficios de la localidad hasta el año de 1893. De acuerdo con este último padrón, los habitantes totales de la localidad disminuyeron un 8% en comparación a 1887, pero los trabajadores asalariados aumentaron un 35%. (Anexo 7) Estas cifras hablan de un aumento en la producción de la fábrica. Efectivamente, otras fuentes confirman que “San José Río Hondo” adquirió nueva maquinaria a principios de la década de 1890.¹⁵

En este año de 1893 se puede encontrar una mano de obra más homogénea en “Río Hondo”: a diferencia de los otros años, en que se encuentra una gran diversidad en los oficios, pareciera que la comunidad fabril de 1893 estaba involucrada casi en su totalidad en las labores del tejido. En cuestión de 40 años, la antigua y diversificada comunidad rural se había transformado en una comunidad obrera, incorporada ya a un mundo capitalista. (Anexo)

Por otra parte, la composición por grupos de edad de la comunidad asentada en la fábrica de “San José Río Hondo” mantuvo la tendencia apuntada ya desde 1887, de acuerdo con la cual el número de pobladores decrecía según aumentaba su edad: muchos niños; cada vez menos adultos. Finalmente, el número de trabajadores asalariados registrados en 1893 fue bastante cercano al número de operarios y empleados remunerados que se

¹⁵AHA, Caja 1256, Exp. 17245, foja 26. Entre 1891 y 1893 la fábrica modernizó su equipo.

presentaría en 1902, por lo cual es posible que las tendencias poblacionales se hayan mantenido igual o variado poco en los años que van de 1894 a 1901.

(Cuadro 4)

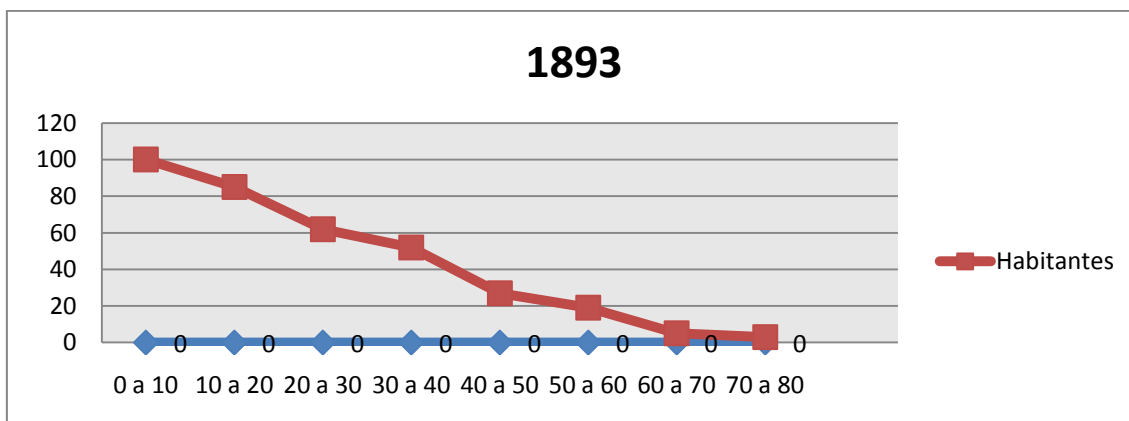


Gráfico 7

Número de habitantes por rango de edad en la fábrica de Río Hondo 1893

Fuente: AHN, Fondo Presidencia, vol.7, exp.23.

Al estudiar los cambios que sufrió la población de “San José Río Hondo” entre 1865 y 1893, se puede concluir que en los primeros años que la finca funcionó como fábrica, se dio un crecimiento demográfico acelerado en el lugar: así parece haberlo demandado la puesta en marcha de la fábrica. Este crecimiento se detuvo en el año de 1882, para dar lugar a una estabilización en el tamaño de la población, una estabilización relacionada posiblemente con la modernización de la producción de la empresa textil.

Si bien el padrón de 1865 excluye el número de mujeres en la finca, los registros posteriores dejan constancia de su presencia: las mujeres llegaron a ser el 44% de la población total de la comunidad. Con todo, de acuerdo con esos mismos registros, la mano de obra dominante en la producción fue siempre la masculina. Éste es un aspecto que es importante destacar, ya que en otros centros fabriles se acostumbraba contratar más mujeres porque podían pagar más barato su mano de obra. En cualquier caso, es necesario

tener presente que los registros pudieron haber ocultado un trabajo femenino sin remuneración.

Por lo que toca a la forma de conseguir y retener a sus trabajadores, la fábrica textil de Río Hondo procedía como las haciendas del centro de México. Efectivamente, esta era una zona donde el peonaje por endeudamiento para los trabajos agrícolas había disminuido, ya que con la abundancia de mano de obra barata y sin compromisos, endeudar a los peones era innecesario.¹⁶ Lo mismo parece haber pasado en “San José Río Hondo”, donde a diferencia de otras fábricas textiles, el trabajador era libre: la renovación constante del personal que laboraba en ella, además del ir y venir de una fábrica a otra por parte de los operarios, así lo sugieren.

Sin embargo, aunque hubiera habido esta migración de trabajadores es muy posible también que ellos hayan tenido un sentimiento de estabilidad laboral. Si las condiciones de trabajo hubieran sido poco favorables, tal vez, el número tan alto de niños en la localidad habría sido menor. Efectivamente, a lo largo de los 40 años recorridos, los infantes de cero a diez años siempre fueron el grupo de población más alto dentro de la comunidad, incluso cuando hubo menos adultos.

Finalmente, la radiografía social de la comunidad a lo largo de cuatro décadas muestra el paso de una población rural-artesanal-agrícola a una población aún rural, pero que tenía como actividad principal las labores industriales. Esto a su vez debió implicar un cambio en la manera de ver el trabajo: al principio se contaba con una gran base de artesanos, dueños del producto de su trabajo; después se contó con una mayoría obrera, dueña ya

¹⁶ Friedrich Katz, *La servidumbre agraria en México en la época porfiriana*, México, Era (Problemas de México) 4ta edición, 1984, pp.37-38.

solamente de su mano de obra. En otras palabras, la transformación de la comunidad significó la entrada de una sociedad de economía "tradicional" a una sociedad capitalista.

Capítulo V

Los obreros

“San José Río Hondo” tenía apenas siete años de haberse constituido como fábrica de hilados y tejidos cuando sobrevino la primera huelga en su interior: ésta fue provocada por los malos tratos que los trabajadores recibían por parte del administrador Alejandro Laugier, mismo que había fungido como administrador del molino años atrás. Corría el año de 1873.

Precisamente, en el último tercio del siglo XIX, México experimentó una revolución industrial que alteró ritmos de trabajo y relaciones laborales dentro de las fábricas. La introducción de maquinaria moderna trajo consigo una nueva dinámica que respondía a la lógica capitalista de una mayor ganancia, lo que provocó una transformación en la vida de los operarios y sus familias.

En este capítulo se plantean las siguientes interrogantes: ¿cuáles eran las condiciones de trabajo de los obreros de “Río Hondo”? ¿Cómo eran sus salarios, jornada laboral, trato con los administradores? ¿Cómo se organizaron para mejorar sus condiciones de trabajo? ¿Qué hicieron para que sus demandas fueran escuchadas?

La prensa obrera de la época, los censos económicos realizados por el gobierno de Naucalpan y la historiografía general sobre el tema de la industria textil permiten conocer: cuánto ganaban los trabajadores, qué los motivaba a ponerse en huelga, la forma en la que se organizaron para defender sus intereses y, en general, las condiciones de vida y trabajo de los trabajadores de “San José Río Hondo”.

El trabajo

En las fábricas textiles, cada departamento tenía varias secciones de preparación; en el caso de los hilados esto incluía: la apertura, batido y cardado del algodón, de donde salían los rollos de pabilo para alimentar los telares de la sección de tejidos, telares mecánicos conocidos como mulas o tróciles.

La elaboración de tejidos comprendía la atención de varias máquinas e instrumentos: el cañonero, los urdidores, la engomadora, los peines que preparaban, el atador o anudador para iniciar el tejido y los telares. Algunas fábricas tenían sección de blanqueo y/o estampado, sección de talleres y bodegas para almacenar la materia prima, así como un almacén de refacciones, además del despacho de la administración.

Los diferentes oficios o destrezas requeridos por la industria llevaron a establecer jerarquías al interior de la fábrica según habilidades y grado de calificación técnica de los operarios. Había una clara diferencia entre un ayudante, barrendero o acarreador que un cabo de preparación -ajustador de telares- o el correitero –personaje ligado con la administración que cumplía funciones de vigilancia—. En la parte más alta de la escala estaban los técnicos, en su mayoría extranjeros: ellos instalaban y echaban a andar las máquinas y adiestraban al resto de los operarios.

Los trabajadores que laboraban en “San José Río Hondo” eran campesinos o artesanos antes que obreros, como lo era toda la mano de obra de las fábricas mexicanas durante los primeros años de industrialización; en la factoría dominaba una dinámica de trabajo con ritmos propios, tradicionales. Pero en 1873, la organización de la producción se tornó más rígida con la llegada de maquinaria moderna.¹

Con la nueva dinámica de trabajo, ya propiamente fabril, surgieron en “San José” dos clases de operarios: el obrero a destajo, posiblemente dedicado a tareas de tejido, que empezaba a laborar a las seis de la mañana y acababa a las nueve de la noche; y el obrero “de día”, responsable principalmente de las

¹ *El Siglo Diez y Nueve*, 3 octubre de 1873.

tareas de hilado y estampado, que comenzaba a las seis de la mañana y terminaba a la seis de la tarde. Ambos tipos de trabajadores, el destajista y el “de día”, tenían dos horas para comer, lo que resultaba en once y diez horas de labor efectiva respectivamente.² Estas jornadas, con lo pesado que eran, parecen haber sido un poco menos duras que las de otras fábricas del ramo textil que eran, en general, de doce horas de trabajo efectivo.³

Era común que los operarios adultos se hacían acompañar de sus hijos menores para enseñarles el oficio de hilandero, tejedor, tintorero, carpintero, hojalatero o maquinista. Los niños formaban parte integral del proceso productivo, realizaban además de las ya dichas, otras tareas como la limpieza y traslado de materia prima.⁴ Aparte, las mujeres a las que se les consideraba hábiles para la confección, es probable que fueran las encargadas de elaborar las camisetas, calzones y calcetines que se maquilaban en la fábrica.

Los salarios que se pagaban en “San José Río Hondo” eran: 3.5 reales para los adultos y 2.3 reales para los “muchachos”; calculados por día, los hombres ganaban 50 centavos, las mujeres 41 y los niños de 15 a 18 centavos. Cuestión aparte eran los trabajadores del campo: los que se encargaban de la producción agrícola de la finca ganaban 25 centavos diarios y los tlachiqueros, en la temporada que se les requería, 37 centavos. Estos salarios se mantuvieron así desde finales de la década de los ochenta -1888- a principios del siglo XX -1902-.⁵ (Cuadro 5)

² AHN, Fondo Fomento, Vol. 4, Exp. 36.

³ Fernando Rosenzweig, “La Industria”, en Daniel Cosío Villegas, *Historia Moderna de México*, 3ª edición, México, Hermes, 1985, Volumen VII, primera parte, p.415.

⁴ Mario Trujillo Bolio, *Operario Fabriles en el Valle de México (1864-1884) Espacio, trabajo, protesta y cultura obrera*, México, COLMEX-CIESAS, 1997, pp.89-90.

⁵ AHN, Fondo Presidencia, Vol.3 Exp.1 y Fondo Fomento, Vol. 3 Exp. 6. y Exp. 42.

	Salario al día	Salario a la semana
Hombres	50 c	3.50
Mujeres	41 c	2.87
Niños	15-18 c	1.05-1.26
Trabajador de campo	25 c	1.75

Cuadro 5. Salarios que se pagaban en “San José Río Hondo”

Estos pagos estaban dentro del promedio del Valle de México durante las mismas fechas, donde la escala de salarios para la industria textil iba de los 34 centavos diarios pagados a los peones y aprendices, hasta los 30 pesos que llegaban a ganar los empleados más calificados. A pesar de los abismos salariales entre los trabajadores de la fábrica, la paga que se recibía en la elaboración de textiles estaba por encima de la que prevalecía entre los peones agrícolas, que iba de los 12 a los 36 centavos diarios. También sobrepasaba los sueldos de los trabajadores del ferrocarril, de los maestros de primaria y de los trabajadores de los molinos aledaños a la fábrica –molino “Blanco” y “Atoto”- donde se ganaba como máximo cuarenta centavos diarios.⁶

Los obreros de las fábricas, padecían una serie de rebajas a sus salarios, descuentos asociados a su desempeño laboral. Las principales causas de disminución en el pago eran: trabajo defectuoso y daños “intencionales” a la maquinaria e instrumentos de trabajo. Se castigaba económicamente al trabajador por llegar tarde, introducir alimentos a la zona de trabajo, dejar de trabajar un día, leer el periódico en horas de trabajo, platicar y

⁶ Coralia Gutiérrez Álvarez, “La penosa existencia en las fábricas textiles de Puebla y Tlaxcala”, en *Historia de la vida cotidiana en México tomo IV Bienes y vivencias. El siglo XIX*, Anne Staples (coord.), México, FCE-COLMEX, 2005, pp.539-542. AHN, Fondo Fomento, Vol. 3, Exp. 42.

dejar el telar parado, “perder el tiempo”; se le castigaba por dormir, correr, bailar sin música, o silbar. Además de las rebajas cotidianas, estaban las cuotas semanales que los maestros cobraban a los tejedores por darles una mayor cantidad de trabajo.⁷

Había otra clase de desembolsos que los trabajadores tenían que realizar con merma de su salario, en el caso de los operarios de Río Hondo: las aportaciones para la fiesta en honor a San José, patrono de la fábrica y del pueblo, realizada el 19 de marzo.⁸ Tampoco se pagaba a los obreros el día de descanso semanal –cuando lo había– ni, en general, los días festivos en los cuales se suspendía el trabajo: de los 21 días feriados que en 1906 consignaba el calendario de la industria, 17 obedecían a motivos religiosos, y era usual que en tales oportunidades los administradores aplicaran descuentos en los salarios para cubrir “gastos de festejos”.⁹

Para esta época, los dueños de las fábricas, estaban ya alejados del trato con los operarios. Si en un tiempo, el dueño de un taller artesanal, de un obraje o de una fábrica en vías de modernización, establecía una relación paternalista con sus trabajadores e, incluso, llegaba a fungir como juez y mediador frente a ellos, tras la revolución industrial de finales del siglo XIX, el patrón tomó distancia y los administradores fueron cada vez más los responsables del trato con los obreros. Efectivamente, los directores de las fábricas, que eran empleados de alto nivel, se encargaban de la supervisión del proceso productivo, así como de la contratación o suspensión de los operarios.

⁷ Gutiérrez Álvarez, *Op. Cit.*, p.542.

⁸ En la actualidad, es una celebración que dura una semana, es probable que en ese tiempo durara lo mismo o incluso fuera más larga.

⁹ Fernando Rosenzweig, “La Industria”, en Daniel Cosío Villegas, *Historia Moderna de México*, 3ª edición, México, Hermes, 1985, Volumen VII, primera parte, p.415.

Cuando el orden al interior de una fábrica se veía alterado por inquietudes o protestas obreras, era restablecido por la fuerza pública: por la policía local o, llegado el caso, por la propia fuerza federal –como sucedió en Río Blanco, en 1907–. Policía y ejército imponían un orden en beneficio de los industriales. Así sucedió en “Río Hondo”, en 1911, también se dejó sentir la mano dura de las fuerzas municipales: cuando los trocileros de la fábrica –quienes hacía los cortes de las telas una vez que se terminaba el tejido– se declararon en huelga, Manuel Ortega, entonces administrador, “suplicaba” al entonces presidente municipal Felipe Rodríguez, un “pequeño resguardo de dos o tres hombres que garantizaran el orden”. El propio presidente le contestó que serían “aprehendidos y remitidos todos aquellos que trastornaran –o se temiera que lo hicieran–, el orden público”.¹⁰ Y efectivamente, la autoridad municipal intervino y aprehendió a tres trabajadores. Lo hizo con gran prontitud: el 8 de agosto de 1911 se dio avisó a las autoridades y el 9 del mismo mes los tres trabajadores estaban presos. El hecho mostró tres cosas: la buena comunicación que tenían los directores de la fábrica con el poder municipal; la nula disposición para negociar por parte de los administradores; y la rápida capacidad de reacción por parte de las fuerzas policiacas para impedir cualquier manifestación de descontento. Desde luego, los malos tratos que los trabajadores textiles recibían favorecían la solidaridad entre ellos y provocaron que se empezaran a organizar en defensa de sus derechos.

Organización obrera

¹⁰ AHN, Fondo Fomento, Vol. 4, Exp. 8.

En los años cuarentas, durante el gobierno del General Antonio López de Santa Anna, se crearon las primeras agrupaciones que buscaban mejorar las condiciones laborales de los trabajadores: En 1843, se crearon las “Juntas de Fomento de Artesanos”. Estas organizaciones pretendían promover la producción artesanal, defenderla de la competencia extranjera y crear fondos de beneficencia para sus miembros. Se trataba de asociaciones de ayuda mutua, más que de defensa de derechos de trabajadores asalariados frente a un patrón: los socios pagaban una cuota mensual que les permitía tener un cierto ingreso y otros apoyos en caso de caer enfermos o de fallecimiento.¹¹

Los trabajadores textiles del centro de México fueron de los primeros del país en establecer asociaciones de ayuda mutua. Efectivamente, la industria textil contaba con una concentración importante de trabajadores en el valle de México, lo que facilitó su organización: en 1868 surgió la “Unión de Tejedores de Miraflores”; en 1872, la sociedad mutualista de “Río Hondo” y las sociedades mutualistas de las fábricas de “San Ildefonso” y “La Colmena”, en 1873.

Estas asociaciones proporcionaban ayuda a los miembros de la agrupación, pero también promovían actividades culturales y fomentaban la instrucción de sus socios mediante el establecimiento de escuelas y bibliotecas.¹² Es posible que las escuelas con las que contaba “San José Río Hondo” hubieran tenido ese origen y hubieran sido fundadas en la década de 1870, el creciente número de niños que había en la finca así lo sugiere.¹³ También el indicador de trabajadores que sabían leer, que ascendía a un 31%

¹¹Margarita García Luna, *El movimiento obrero en el Estado de México. Primeras fábricas, obreros y huelgas (1830-1910)*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, 1984, p. 217.

¹² *Ibidem*, p.222. Y Camarena Ocampo, *Op. Cit.*, p.143.

¹³ La cantidad de niños se triplicó en la finca en estos años, ver capítulo IV.

de la población total de la fábrica para 1882, habla de la posibilidad de que las escuelas de la localidad hubieran estado en función desde años atrás.¹⁴ Este porcentaje es de llamar la atención si se tiene en cuenta que para estos tiempos la tasa de analfabetismo en el estado de México alcanzaba casi el 80%.¹⁵

La década de 1870, durante la cual se creó la sociedad mutualista de “Río Hondo”, fue de cambio en el discurso y exigencias de los trabajadores de México, en general: pasaron de pregonar la ayuda entre sí mismos para buscar y exigir mejores condiciones de trabajo. Sus demandas iniciales iban en contra del maltrato ejercido por los supervisores y del aumento de las cargas laborales impuestas por los directores de los centros fabriles. De esta suerte, la sociedad mutualista de “Río Hondo” nació prácticamente con la bandera de las mejoras laborales. Y muy pronto participó en la fundación de la asociación “Fábricas Unidas del Valle de México”, al lado de las agrupaciones de “La Colmena”, “Miraflores”, “La Fama Montañesa”, “San Fernando”, “La Magdalena” y “Tizapán.” Esta agrupación, exclusiva de trabajadores de la industria textil y del área del Valle de México, se creó para dar fuerza a las demandas obreras y auxiliaba especialmente a aquellos de sus miembros que se encontraban en huelga: cuando en estos años alguna de las fábricas pertenecientes a “Fábricas Unidas del Valle de México” se declaraba en huelga, los obreros de las otras colaboraban económicamente para que los trabajadores en paro y sus familias pudieran subsistir.¹⁶

¹⁴ AHN, Fondo Presidencia, Vol. 7, Exp.21. El porcentaje de trabajadores de la fábrica que sabían leer en 1882 se incrementó: en 1883, al 37%; bajó en los años siguientes: 17% en 1885 y 22% en 1887, para aumentar nuevamente en 1893 al 30%.

¹⁵ Moisés González Navarro, *Estadísticas sociales del Porfiriato 1877-1910*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1956, p. 125.

¹⁶ García Luna, *Op. Cit.*, p.260.

Estos eran los objetivos perseguidos por la sociedad mutualista de “Río Hondo”:

- Mejorar física y moralmente la situación de la clase obrera, procurándole la protección debida, con arreglo a sus facultades, contra los abusos de los capitalistas y administradores.
- Ponerse en comunicación directa con las demás sucursales del Gran Círculo, a fin de uniformar la conducta que debe adoptarse para conseguir las mejoras u objetos que se apetezcan.
- Procurar mantener por cuantos medios estén a su alcance los establecimientos de instrucción pública para los hijos de los obreros.
- Interponer su valimiento, ante el ciudadano propietario o administrador de la fábrica, para proveer de trabajo a los obreros que carezcan de él, muy en particular por los que sean socios.
- Establecer una caja de ahorros bajo el sistema cooperativo y de crédito.
- Recabar del Gran Círculo de Obreros de México la protección que como patrono de sus sucursales debe impartirles, muy particularmente en los casos que sean de su incumbencia, por no llegar allá las facultades de esta sociedad.
- Cooperar en lo posible a fin de que tengan efecto los beneficios proyectados que contienen las fracciones 3ª 4ª 5ª y 6ª del capítulo III del artículo 3ª de los Estatutos del Gran círculo de obreros de México.¹⁷

A nivel nacional, las sociedades obreras comenzaron a sumar fuerzas y la mutualista de “Río Hondo” se uniría también a la nueva organización.

¹⁷ *El Socialista*, 12 de julio de 1874.

Efectivamente, desde 1860 se habían dado varios intentos por reunir a las agrupaciones obreras de diferentes regiones del país y de diversos ramos industriales en una asociación central. El proyecto se cristalizó en 1872: cuando se instaló oficialmente el “Gran Círculo de Obreros de México” (GCOM). Éste se formó en los primeros meses de 1872 y, para agosto del mismo año, ya contaba con un presidente interino y una comisión encargada de elaborar sus estatutos. Entre los objetivos de esta organización estaban, además de los propios de las sociedades mutualistas, el apoyo a las negociaciones de los trabajadores con sus patrones y el promover la participación del obrero en la vida política del país.¹⁸

Muchas sociedades mutualistas vieron con recelo la existencia de una agrupación central que podría disminuir su autonomía e independencia, si bien ésta gozó de gran aceptación entre los obreros que carecían de la ayuda de alguna mutualidad.¹⁹ Por su parte, la sociedad de “San José Río Hondo” se sumó pronto a la central: en 1874 estableció una sucursal del “Gran Círculo” en la fábrica.²⁰

El GCOM estaba lejos de ser una organización de lucha. De hecho, desde el principio buscó el reconocimiento tanto del gobierno como de los dueños de las fábricas: tenía una propuesta conciliadora, más que de enfrentamiento. Promovía el acercamiento de los operarios con las autoridades para la solución de los conflictos, en lugar de apoyar medidas radicales como la huelga. Así, una vez que logró tener veinticinco sucursales en el Valle de México, se convirtió en la institución conciliadora por excelencia entre obreros y patrones. Rápidamente se deslizó hacia el oficialismo: para 1879, el “Gran

¹⁸ *El Socialista*, 19 de marzo de 1876.

¹⁹ *Ibidem*, p.223.

²⁰ *El Socialista*, 12 de julio de 1874.

Círculo” estaba ya en manos de representantes del gobierno, lo que facilitó el control estatal de las manifestaciones de descontento obrero.²¹

Huelgas en “San José Río Hondo”

La suspensión colectiva de labores fue un instrumento que los obreros mexicanos de la segunda mitad del siglo XIX utilizaron para tratar de mejorar sus condiciones de trabajo. Recurrieron a él cada vez más, en la medida en que se desarrollaba y consolidaba el proceso de industrialización en el país. Pero ni había entonces derechos laborales reconocidos ni la huelga era una institución legal. El Estado, en principio, estaba comprometido con la conservación del orden, pero no con el establecimiento de un equilibrio entre los sectores de la producción. El gobierno se declaró incompetente para “intervenir” en la vida económica de la sociedad.²² Matías Romero lo expresaba de la siguiente manera:

Dadas las instituciones que nos rigen, al gobierno le es imposible limitar la libre contratación ni intervenir de una manera directa en el mejoramiento de la condición del obrero respecto de su principal. No hay texto legal que lo autorice, ni conveniencia alguna económica que los obligue a decretar salarios, precios ni horas de trabajo; nuestras instituciones basadas en los altos principios de la libertad humana y del respeto de la propiedad vedan al gobierno toda injerencia directa en las relaciones de patrón a obrero.²³

²¹ Trujillo Bolio, *Op. Cit.*, p. 234.

²² García Luna, *Op. Cit.*, p. 244.

²³ Citado por García Luna, *Op. Cit.*, p. 247.

Sólo la lucha de los obreros organizados logró, en el siglo XX –en México y en el mundo occidental–, el compromiso del Estado con la defensa de ciertos derechos laborales, entre ellos, el derecho de huelga. Pero en el México del siglo XIX, la huelga era ilegal y la definición de salarios y jornadas laborales se dejaba al libre juego del mercado, al juego entre la oferta y la demanda, que dejaba desprotegido al trabajador. Y ya que los dueños y administradores de los centros fabriles actuaban dentro de la ley, los abusos aumentaban: podía acentuarse la explotación de los trabajadores, reducirse salarios, prolongarse las jornadas de trabajo, en otras palabras, empeorar las condiciones de trabajo cada vez más. Durante las décadas de 1860 y 1870, los obreros del estado de México protestaban y se declaraban en huelga frecuentemente. Así protestaban frente a la reducción de salarios, la excesiva jornada de trabajo – con la llegada de la luz eléctrica se impusieron las labores nocturnas conocidas como “veladas–, los malos tratos que recibían por parte de los administradores, extranjeros en su mayoría y los despidos injustificados. Éstos últimos provocaban un clima de tensión en las fábricas, porque los directores de los centros de trabajo tenían una lista de aquellos operarios que habían sido despedidos en las otras fábricas establecidas en la región, lo que impedía que volvieran a trabajar.²⁴

En el caso de “San José Río Hondo”, en la década de 1870 se presentaron huelgas y paros de labores por las razones ya mencionadas. En agosto de 1873, los trabajadores de la fábrica se quejaban de las condiciones de trabajo y los tratos que recibían por parte del administrador. El periódico

²⁴ Trujillo Bolio, *Op. Cit.*, p. 248.

obrero, *El Socialista*, que durante el tiempo que estuvo en circulación (1871-1888), fue la voz más importante en apoyo de los trabajadores, apuntaba:

El Sr. Alejandro Laugier, administrador de esa fábrica es orgulloso y tiránico, no se limita a exigirles el cumplimiento del trabajo, sino que atacaba su vida privada. Trata de meterse en los asuntos domésticos, y por capricho desterraba a las familias que a él se le antojaran. Felipe Lazcano presidente de su sociedad intentó defender a las familias víctimas del abuso, por tal motivo el señor Laugier lo despidió dejando sin cabeza a la organización de obreros. Ha obligado a los obreros de preparación a trabajar los martes y jueves hasta las doce o una de la noche, rebajándoles un real diario de su jornal.²⁵

Esta denuncia ponía de manifiesto uno de los inconvenientes que tenía para los trabajadores la forma de organización de las “colonias industriales”: aunque disfrutaban de muchos servicios a su interior, su vida toda quedaba a merced de los directivos tiránicos. El poder que los administradores mantenía a los obreros en condición de sumisión, pues tenían en todo tiempo la amenaza de perder el trabajo y, más aún, la casa donde habitaban.

Los operarios de “San José Río Hondo” iniciaron una huelga el 14 de agosto de 1873: demandaban un convenio que estableciera las tarifas salariales y la disminución de la jornada de trabajo; advertían que seguirían en huelga hasta que hubiera un reglamento elaborado, de común acuerdo, por la

²⁵ *El Socialista*, 24 de agosto de 1873.

patronal y los obreros. Las negociaciones entre una comisión de operarios y los dueños de la fábrica dieron inicio el 16 de agosto, en el juzgado de Tlalnepantla; el día 20 de ese mes, los obreros anunciaban:

Hemos triunfado, hemos destruido el odioso monopolio que se nos había impuesto, formando un reglamento interior que fija las horas de trabajo, y por el queda garantizado el convenio mutuo celebrado entre los trabajadores y el propietario; una tarifa presentada y sancionada por nosotros, asegura en el futuro el pago del obrero.²⁶

En realidad, sus demandas más importantes, las relacionadas con el trato del administrador, quedaron sin solución. Un mes más tarde, en septiembre de 1873, seguían las quejas contra Alejandro Laugier y el manejo que éste hacía de la fábrica.²⁷ El señor Laugier había fungido como administrador del molino de trigo de “Río Hondo” años antes, posiblemente en ese entonces hubiera tenido una mejor relación con los trabajadores de la finca, pero lo cierto es que, cuando “Río Hondo” ingresó en la lógica capitalista que buscaba una mayor ganancia, la relación con los operarios se volvió tirante y su trato autoritario. El hecho de que la primera huelga en la fábrica se diera el año en que llegó nueva maquinaria así lo siguiere.²⁸

A principios de 1883, los trabajadores naucalpenses impulsaron nuevamente un paro de labores por la constante suspensión de pagos de jornales.²⁹ En 1896, se presentó otra huelga, “sin expresarse el motivo ni la

²⁶ *El Socialista*. 24 de agosto de 1873

²⁷ *El Socialista*, 21 de septiembre de 1873.

²⁸ AHN, Fondo Presidencia, Vol. 7, Exp. 21.

²⁹ Trujillo Bolio, *Op. Cit.*, p. 271.

importancia del movimiento”, y una más en 1911, promovida por los troscileros de la fábrica, reprimida por la fuerza pública de la municipalidad.³⁰ Con todo, las huelgas en “San José Río Hondo” dieron pocos resultados, sino es que nulos. Fueron más como una manifestación de descontento que como un arma para mejorar las condiciones de trabajo.

Conforme avanzaba el Porfiriato y la crisis económica se agudizaba, las huelgas fueron cada vez más recurrentes. Al finalizar el periodo de gobierno del General Díaz, se contaban 250 huelgas que abarcaban a todos los ramos de la economía; de éstas, los paros en fábricas textiles eran los más abundantes. En los últimos días de 1906 estaban paralizadas 93 factorías por huelgas.³¹ Ante este panorama, en 1907 algunos de los dueños de las principales fábricas –entre los cuáles no se contaron los propietarios de “Río Hondo”– se reunieron para defender sus intereses. Crearon la asociación “Centro Industrial de México” integrada por las compañías: “Industrial de Orizaba”, “Industrial Veracruzana”, “Industrial Manufacturera”, “Industrial de Atlixco”, “Industrial de San Antonio Abad” y “Donadieu Veyan y Cía.” El objetivo principal de esta organización era defender mancomunadamente los derechos e intereses colectivos de la industria fabril y manufacturera de la República y principalmente las de la industria fabril algodonera.

Un mes antes, el 4 de enero de 1907, Porfirio Díaz había expedido un “Laudo Presidencial” que obligaba a los obreros en huelga a regresar a trabajar en las mismas condiciones laborales que tenían antes de la suspensión de labores. En este documento se desconocían las huelgas y se negaba el derecho de asociación de los trabajadores. Cuando los obreros de Orizaba se

³⁰ Para la huelga de 1896: *Semana Mercantil*, 27 de julio de 1896. La huelga de 1911: AHN, Fondo Fomento, Vol. 4, Exp.8.

³¹García Luna, *Op. Cit.*, p. 243.

enteraron del contenido del laudo, se indignaron sobremanera. A la mañana siguiente tuvo lugar la rebelión obrera de Río Blanco, catalogada por algunos como antecedente directo de la Revolución Mexicana.³²

La disciplina industrial que se intentó imponer en “San José Río Hondo” se traducía en malos tratos por parte de administradores para con los obreros, lo que se buscaba era que el trabajador fuera más productivo. Sin embargo esto encierra una contradicción: de haber sido exitosa la implantación del modelo inglés de producción y el obrero hubiera sido más eficiente -comportándose como una máquina- se habría dado una sobreproducción que el mercado hubiera sido –como finalmente fue- incapaz de absorber.

La lógica capitalista se basa en el juego de la oferta y la demanda, pero con un mercado limitado, la manera más fácil de tener una ganancia era mediante salarios bajos. A pesar de que en “San José” las condiciones de trabajo eran un poco menos agresivas que en las fábricas textiles grandes, los pobres salarios y los maltratos que recibían los operarios generaban descontento. Esta situación llevó a la organización de los obreros: formaron una asociación de ayuda mutua, que pronto se transformó en una agrupación dispuesta al enfrentamiento, a lanzarse a la huelga en defensa de mejores condiciones laborales. Los logros fueron menores, si acaso los hubo. Lo que quedó claro fue que la “colonia industrial” podría ser productiva y permitir un cierto desarrollo de una comunidad, pero que lo hacía a un costo grande y que los trabajadores no se quedaron callados ni de brazos cruzados frente a lo que consideraron una gran injusticia.

³² García Luna, *Op. Cit.*, 252.

Conclusiones

En agosto de 1975, la fábrica de hilados y tejidos de algodón “San José Río Hondo” cerró sus puertas de manera definitiva. Los signos de su decadencia se habían manifestado años atrás cuando, en 1963, BANJIDAL la compró como un intento de rescatarla de la bancarrota. Por lo visto, ese rescate fue poco exitoso.¹ Con el cierre de “Río Hondo” llegaba a su fin una empresa con experiencia centenaria en la fabricación de mantas, práctica que se había iniciado en la zona a mediados del siglo XIX.

Atrás habían quedado los años en que “San José” destacaba por haber sido la primera fábrica textil en integrar tres procesos productivos: el hilado, el tejido y el estampado; ahora su propietario era una organización sin rostro, lejos estaba el recuerdo de los De la Torre, dueños miembros de la burguesía porfiriana; el mundo donde el operario y su familia vivían y trabajaban en la fábrica, con campos agrícolas dedicados al autoconsumo, escuelas, capilla y pulquería. Ese microcosmos se había extinguido.

Durante la Colonia, una de las principales actividades económicas en el centro de México había sido la elaboración de textiles. Estos se elaboraban de manera manual o, en algunos casos, con el apoyo de máquinas impulsadas por fuerza animal. La demanda de textiles y la tradición que respaldaba su producción aseguraron la permanencia de esta industria a pesar de la inestabilidad política que vivió el país desde el inicio de las luchas de independencia; a pesar también de lo incomunicado que estaba el territorio y de la precaria situación económica de un país devastado por la guerra.

¹ El Banco Nacional de Crédito Ejidal se dedicaba a otorgar créditos a productores de bajos ingresos. www.financierarural.gob.mx

Primero, la manufactura textil se mantuvo, pero a medida que el tiempo avanzaba, la situación para las empresas textiles empezó a mejorar. A mediados de siglo, se dio un incremento en el capital invertido en este ramo industrial. Esto significó: fábricas más grandes, maquinaria moderna, mayor producción y un creciente número de trabajadores y empleados que vivían de la elaboración de textiles. Ya para finales del siglo XIX, México había logrado un importante crecimiento económico del cual la industria textil había sido participe: ésta se había modernizado y llegó a ser parte fundamental de la economía porfiriana.

El desarrollo de la industria textil mexicana durante siglo XIX es un tema que ha sido analizado desde diferentes perspectivas y puntos de vista: se ha estudiado, por ejemplo, como parte de la economía de una época y como un factor clave en el proceso de industrialización nacional; también se han realizado estudios de caso, que han permitido conocer con gran detalle el impacto de una fábrica en una zona en concreto, la transformación de su organización interna y de su manera de producir, condiciones de vida y trabajo de sus obreros, es decir, estudios monográficos que han intentado, en torno al estudio de una fábrica en particular, conjuntar enfoques económicos, políticos y sociales.

La fábrica de hilados y tejidos de algodón “San José Río Hondo” puede parecer una más de las muchas empresas que se dedicaron a los textiles durante el Porfiriato. Dentro de la industria que se desarrolló en México, las fábricas compartía elementos: trazadas según el modelo de “colonias industriales”, una mano de obra agrícola y artesanal, maquinaria moderna que se combinaba con las formas viejas de producción. Sin embargo, cada

empresa tenía sus particularidades. Entre los rasgos que hacían diferente a una fábrica de otra estaban: su tamaño, capital invertido, ubicación geográfica, el mercado que cubrían y, desde luego, sus hombres y mujeres, es decir, las comunidades que se creaban en torno a cada una.

Los dueños de una empresa grande se asociaron muchas veces entre sí para formar sociedades anónimas. Así podían controlar la red de distribución de sus productos e incidir de mejor manera en el mercado; asimismo, podían influir con mayor fuerza en el gobierno para obtener concesiones, como derechos exclusivos del uso de una patente o máquina.² Mientras tanto, una fábrica pequeña luchaba por mantenerse rentable, su gama de artículos manufacturados era menor, generalmente compraba a las empresas fuertes la hilaza necesaria para maquilar sus productos... Con todo y, a pesar de sus limitaciones, esta última tenía sus ventajas: el trato de los operarios con los administradores era más cercano; también, al contar la fábrica con una cantidad limitada de trabajadores, se formaban lazos solidarios y fuertes entre sus obreros. Pero “San José Río Hondo” fue una fábrica más bien mediana, de esas en las que los dueños se asociaron con otros inversionistas.

La geografía también era un factor que repercutía en el desarrollo de una fábrica y de su comunidad. La ubicación de la industria determinaba el tipo de mano de obra con el que contaba la empresa –agrícola, artesanal o hasta urbana–, así como los recursos naturales a los que se podía acceder –un bosque cercano aseguraba la madera suficiente para las calderas y el mantenimiento de las edificios y máquinas de la “colonia”; un río próximo significaba contar con fuerza hidráulica casi permanente y agua para los

² Stephen H. Haber, *Industria y subdesarrollo. La industrialización de México 1890-1940*, México, Alianza, 1992, pp. 117-120. Haber dice que estas fábricas podían manipular al Estado.

residentes—. Finalmente, de la ubicación geográfica dependía el mercado al que se podía llegar; en parte, ahí radicó el éxito de la industria textil del centro de México: los ferrocarriles que atravesaban esta parte del territorio permitían la fácil transportación de los productos a otros puntos de la República.

La idea principal de esta tesis, como su título lo indica, es ver a la fábrica de hilados y tejidos de algodón “San José Río Hondo” como un microcosmos, con una vida tan compleja y, de alguna manera, encerrada en sí misma como la de muchas haciendas de la época.

Primeramente, la empresa naucalpense ejemplifica cómo funcionaba una “colonia industrial”, establecida en la periferia rural de la Ciudad de México; sus dueños, los De la Torre, adaptaron las instalaciones del molino de trigo para que funcionara como fábrica de textiles. Al interior de las puertas de la finca de “Río Hondo”, se desarrollaba un mundo que iba más allá de la elaboración de prendas: había campos de cultivo, escuelas, capilla, tienda, pulquería y el molino, que a pesar del cambio de giro de la finca original, aún funcionaba, al menos durante los primeros años de establecida la factoría. Se contaba con las aguas del río Hondo para cubrir las necesidades de los habitantes y hacer marchar las máquinas, con el ferrocarril para movilizar la producción a la capital de la República, trasladar nueva maquinaria o llevar a los trabajadores que se iban y llegaban a la fábrica. Es decir, en principio, esta era una unidad más o menos autosuficiente en la que sus habitantes parecía que podían vivir sin involucrarse mayormente con lo que ocurría en el exterior.

Pero, desde luego, que este aparente aislamiento desaparecía a la menor provocación, por ejemplo, a raíz de conflictos por el agua con los pueblos circunvecinos: cuando en la temporada de secas bajaba el nivel del

caudal del río Hondo y la fábrica acaparaba el líquido para sus necesidades o, por lo sucia que ésta quedaba después de pasar por todos los departamentos de producción de “San José”. La “armonía” también se veía interrumpida por los malos tratos y abusos de los administradores de la fábrica, que se traducían en bajos salarios, jornadas largas de trabajo o injerencia en la vida privada de los operarios, lo que provocaba que los obreros protestaran, se organizaran, se declararan en huelga para defender sus derechos y, claro está se sumaran a otras asociaciones obreras para que, juntos, lucharan por mejores condiciones laborales. Entonces, la fuerza pública de la municipalidad, ajena a la fábrica, intervenía su vez en el microcosmos de “San José” y se encargaba de restaurar el orden a través de la represión.

En esta fábrica, como en otras, se combinaron elementos de producción nuevos con viejos y dinámicas de trabajo tradicionales con disciplina capitalista. Esta situación originaba una forma de producción *sui generis*: muy avanzada para catalogarse como tradicional, muy lenta para juzgarse moderna. “San José”, en los albores del siglo XX, aún contaba con telares de madera manuales que, junto a los telares de poder mecánicos, contribuían a la fabricación de las prendas. Sus trabajadores, por otra parte, antes que obreros industriales habían sido campesinos que combinaban las labores agrícolas con las fabriles o, artesanos acostumbrados a un ritmo de trabajo más lento que el que una industria moderna demanda. La industria mexicana intentó, sin mucho éxito, implantar un modelo inglés que obligaba a un ordenamiento racional de las diversas fases de la producción a fin de alcanzar altos rendimientos; pero en el país se desarrolló más bien un “modelo mexicano”, que combinaba la mano de obra barata y tradicionalista, con la tecnología moderna proveniente

del extranjero y así obtenía ganancias de un mercado de consumo limitado –un mercado regional, a lo sumo, y por tanto mucho más limitado que el de aquellos países en los que el modelo inglés fue creado o logró implantarse–.

Ante este panorama y para lograr que “San José Río Hondo” fuera una fábrica más eficiente dentro de la dinámica de la industria mexicana, los De la Torre se asociaron con otras compañías, lo que les permitió tener un mayor capital invertido en la fábrica, es decir, inyectar recursos para la modernización de la maquinaria, el aumento de la planta productiva y la comercialización de sus manufacturas. De hecho, Ollivier y Cía., casa mercantil socia de la familia durante casi veinte años, se encargaba del proceso de estampado de las telas, así como de que los productos maquilados en la factoría salieran del mercado local de Naucalpan y se vendieran en la capital de la República, en un almacén propio. Esto convertía a “San José” en una fábrica a la vanguardia, pues rompía el viejo patrón colonial de contar con un intermediario entre el fabricante y el consumidor final, tendencia que todavía perduraba en el Porfiriato.

Por otra parte, a través del seguimiento y desarrollo de “San José Río Hondo”, y en especial de la carrera, actividades y vínculos que los dueños de la empresa desarrollaron, es posible asomarse a lo que fue el desenvolvimiento de la industria textil durante el Porfiriato: a su crecimiento, auge y crisis. El crecimiento de la industria textil, por ejemplo, se encuentra representado por Isidoro de la Torre y Carsi, hombre de negocios que se dedicaba al comercio exterior y al agio entre otras actividades: él transformó un molino de trigo virreinal, en la primera fábrica de la entonces municipalidad de Naucalpan. Sus hijos, los De la Torre y Mier encarnan el auge de la industria: combinaron sus actividades políticas con las económicas, modernizaron la maquinaria con la

que contaba la fábrica, llegaron a presentar las telas en ferias regionales – como la de Toluca en 1902– y se asociaron con otros empresarios para llevar sus productos fuera del mercado local. Finalmente, en los hijos de Tomás de la Torre, los De la Torre y Formento, se muestra la crisis de la industria textil: ellos abandonaron la administración directa de “San José” y, junto con su tío José Ignacio de la Torre, se concentraron en la venta de azúcar; arrendaron la fábrica, durante los años de la Revolución, a la empresa de Jesús de la Serna y tiempo después la vendieron al mismo.

Mas, aunque la vida de los dueños de la fábrica dice mucho acerca de cómo procedía una parte de la burguesía de la época, es en el acercamiento a los habitantes, trabajadores y empleados de “San José Río Hondo” en donde se ponen de manifiesto las condiciones sociales del período –las condiciones de la industria textil, desde luego–. En la cima de la pirámide social de la comunidad de la fábrica estaban los franceses, presentes desde los tiempos en que la finca trabajaba como molino: ellos ostentaron siempre el cargo de administradores o, en algunos casos, los oficios más destacados como el de químico. Ellos personificaban, más que los mismos dueños, el papel de patrones de la fábrica: contrataban y despedían gente, fijaban las horas de trabajo, reducían los salarios de los operarios y, cuando estos últimos se declaraban en paro, pocas veces negociaron una solución satisfactoria para los obreros; en lugar de ello, contaban con buenas relaciones con el gobierno municipal, quien se encargaba de solucionar los conflictos por la fuerza y según los intereses de los directivos.

Los moradores de la finca, por su parte, eran un reflejo del México rural de aquella época: una mayoría de trabajadores que alcanzaba los 29 años

como máximo, quienes, como en las haciendas de la zona, tenían libertad de ir y venir de una fábrica textil a otra, en otras palabras, sin estar acasillados. También eran un espejo de la fábrica misma, de su transformación, pues mientras avanzaba el tiempo y la producción se diversificaba, nuevos oficios surgían en “Río Hondo”: operarios cada vez más calificados hablan de cómo se transformó una sociedad rural de economía “tradicionalista” en una sociedad de economía capitalista.

Finalmente, esta fábrica mediana compartía muchos rasgos con las empresas grandes: contaba con el capital de varias compañías, maquilaba productos diversos, sus ventas iban más allá del mercado local, otros fabricantes el compraban hilaza –posibles artesanos de la zona–. Además, es de suponerse que tenía buenas relaciones con el gobierno nacional: José Ignacio de la Torre era yerno de Porfirio Díaz. Así, a pesar de su tamaño, en ella se desarrollaba un mundo diferente al del Naucalpan agrícola de la época.

La historia de “San José Río Hondo”, hoy en el olvido, ayuda a la comprensión de lo que sido la industria textil en la región central del país; particularmente acerca al conocimiento de la industrialización del municipio de Naucalpan y, de alguna manera enriquece la historia regional del estado de México.

Anexos

Anexo 1

Oficios en el molino de Río Hondo 1865	
Fabricante	36
Tejedor	22
Jornalero	14
Carretonero	4
Albañil	4
Tlachiadero	4
Dependiente	4
Ladrillero	3
Carpintero	3
Herrero	3
Director	2
Mayordomo	2
Panadero	1
Molinero	1
Administrador	1
Comerciante	1
Carnicero	1
Pastor	1
Total	107

Fuente: AHN, Fondo Presidencia, vol.7, exp.24

Anexo 2

Oficios en la fábrica "San José Río Hondo" 1870	
Fabricante	20
Tejedor	18
Jornalero	12
Carpintero	6
Herrero	6
Ladrillero	5
Albañil	5
Doméstico	5
Molinero	5
Tlachiadero	3
Carretonero	2
Cocinero	2
Correitero	2
Maquinista	2
Mayordomo	2
Panadero	1
Maestro de Cardo	1
Maestro de Telar	1
Hojalatero	1
Dependiente	1
Administrador	1
Receptor	1
Total	102

Fuente: AHN, Fondo Presidencia, vol.7, exp.21

Anexo 3

Oficios en la fábrica "San José Río Hondo" 1882	
Obrero	63
Artesano	36
Operario	28
Tejedor	20
Jornalero	20
Comerciante	7
Carpintero	5
Tlachiadero	5
Maquinista	4
Carretonero	3
Herrero	3
Dependiente	2
Carnicero	2
Corretero	1
Costurera	1
Grabador	1
Maestro de Hilado	1
Químico	1
Hojalatero	1
Ladrillero	1
Mayordomo	1
Molinero	1
Panadero	1
Pulquero	1
Mozo	1
Talabartero	1
Cantero	1
Total	212

Fuente: AHN, Fondo Presidencia, vol.7, exp.21

Anexo 4

Oficios en la fábrica "San José Río Hondo" 1883	
Tejedor	34
Jornalero	27
Bonetero	19
Hilador	8
Velocero	8
Carretero	7
Devanador	5
Cardero	5
Albañil	3
Carpintero	3
Carretonero	3
Dependiente	3
Doméstico	3
Herrero	3
Maquinista	3
Pegador	3
Tlachiadero	3
Trocilero	3
Batanero	2
Maestro de Hilado	2
Maestro de Tejido	2

Mayordomo	2
Comerciante	2
Molinero	2
Tabiquero	2
Urdidor	2
Impresor	2
Aceitador	1
Administrador	1
Cantero	1
Catador	1
Doblador	1
Engomador	1
Fogonero	1
Gacero	1
Hojalatero	1
Obrero	1
Panadero	1
Partidor	1
Platero	1
Portero	1
Químico	1
Regulador de Agua	1
Rodillero	1
Sobresaliente	1
Velador	1
Total	88

Fuente: AHN, Fondo Presidencia, vol.7, exp. 21

Anexo 5

Oficios en la fábrica "San José Río Hondo 1885	
Tejedor	34
Jornalero	25
Tlachiadero	7
Maquinista	3
Carpintero	2
Comerciante	2
Herdidor	2
Herrero	2
Administrador	1
Aguador	1
Albañil	1
Carretonero	1
Celador del Campo	1
Empleado	1
Engomador	1
Fogonero	1
Grabador	1
Maestro de Hilados	1
Maestro de Tejidos	1
Mayordomo de Carros	1
Panadero	1
Portero	1
Químico	1
Rodillero	1

Zapatero	1
Total	86

Fuente: AHN, Fondo Presidencia, vol.7, exp. 22

Anexo 6

Oficios en la fábrica "San José Río Hondo" 1887	
Tejedor	49
Operario	24
Jornalero	12
Molendera	7
Albañil	5
Tlachiadero	5
Dependiente	4
Doméstica	3
Preceptor	3
Carpintero	3
Mecánico	2
Administrador	1
Carretonero	1
Comerciante	1
Escribiente	1
Guarda Vías	1
Hojalatero	1
Lavandera	1
Maestro de Preparación	1
Maestro de Telares	1
Maquinista	1
Mayordomo	1
Panadero	1
Planchadora	1
Portero	1
Carnicero	1
Total	85

Fuente: AHN, Fondo Presidencia, vol.7, exp. 22

Anexo 7

Oficios en la fábrica "San José Río Hondo" 1893	
Tejedor	51
Operario	47
Jornalero	18
Albañil	2
Artesano	2
Atador	2
Dependiente	2
Doméstico	2
Escribiente	1
Grabador	1
Maestro	1
Total	130

Fuente: AHN, Fondo Presidencia, vol. 7, exp. 23

Anexo 8

Lugar de origen de los trabajadores de “San José Río Hondo” a principios de 1880	
Procedencia	Porcentaje
Río Hondo	21
Ciudad de México	10
Naucalpan	8
San Ángel	5.9
Arroyo Zarco	3.2
Miraflores	3.1
Querétaro	2.5
Salvatierra	2.5
San Antonio	2.5
Tlalpan	2
San Nicolás	1.8
Francia	1.7
Toluca	1.4
Tepejí	1.2
San Juanico	1.2
Contreras	1.2
San Luis Tltilco	1
Jocotitlan	1
Otros	28.8

Fuente: AHN, Fondo Presidencia, vol.7, exp.21

Anexo 9

Lugar de origen de los trabajadores de “San José Río Hondo” a finales de 1880	
Procedencia	Porcentaje
Río Hondo	28
Arroyo Zarco	8
Ciudad de México	7.5
Naucalpan	3
Tacuba	2.7
Querétaro	2.3
Contreras	2.3
Tizapan	1.9
San Ángel	1.7
San Rafael	1.5
San Esteban	1.5
Salvatierra	1.5
Tacubaya	1.5
Tlalpan	1.3
San Luis Tltilco	1.3
San Antonio	1.3
Francia	1.3
Otros	27.6

Fuente: AHN, Fondo Presidencia, vol.7, exp. 22

Archivos y fuentes hemerográficas

- Archivo Histórico de Naucalpan (AHN)
- Archivo Histórico del Agua (AHA)
- *El Centinela Español*, México D.F., 1879-1883.
- *El Diario*, México D.F., 1906-1914.
- *El Diario del Hogar*, México D.F., 1882-1912.
- *El Informador*, Guadalajara, Jalisco, 1967.
- *El Monitor Republicano*, México D.F., 1848-1896.
- *El Nacional*, México D.F., 1978.
- *El Popular*, México D.F., 1897-1904.
- *El Siglo Diez y Nueve*, México D.F., 1867-1896.
- *El Socialista*, México D.F., 1871-1886.
- *El Tiempo*, México D.F., 1883-1912.
- *La Colonia Española*, México D.F., 1873-1879.
- *La Patria*, México D.F., 1877-1914.
- *Semana Mercantil*, México D.F., 1885-1913.
- *Voz de México*, México D.F., 1885-1913.

Obras Consultadas

- Busto, Emiliano, *Estadísticas de la República Mexicana. Estado que guardan la agricultura, industria, minería y comercio. Resumen y análisis de los informes rendidos a la Secretaría de Hacienda por los agricultores, mineros industriales y comerciantes de la República y los agentes de México en el exterior en respuesta á las circulares de 1ª de agosto de 1877 por Emiliano Busto*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1880, II vols.
- Calderón, Francisco, *La República Restaurada. Vida económica. Vol. II. Historia moderna de México*, Daniel Cosío Villegas (Coord.), 5ª edición, México, Hermes, 1989.
- Camarena Ocampo, Mario, *Jornaleros, tejedores y obreros. Historia social de los trabajadores textiles de San Ángel (1850-1930)*, México, Plaza y Valdés, 2001.
- Gamboa Ojeda, Leticia, *La urdimbre y la trama. Historia social de los obreros textiles de Atlixco, 1899-1924*, México, FCE-BUAP, 2001.
- García Luna, Margarita, *El movimiento obrero en el Estado de México. Primeras fábricas, obreros y huelgas (1830-1910)*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, 1984.
- García Luna, Margarita, *La construcción del ferrocarril de México a Toluca*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, 1980.
- García Luna, Margarita, *La prensa del Estado de México en el siglo diecinueve*, México, Gobierno del Estado de México-Universidad Autónoma del Estado de México, 1986.

- Garciadiego, Javier, *et. al.* “De la oposición a la lucha armada”, en *Gran Historia de México Ilustrada*, Javier Garciadiego (Coord.), México, Planeta-CONACULTA-INAH, 2001, tomo IV, pp. 281-300.
- Gaudemar, Jean-Paul de, *El orden y la producción. Nacimiento y formas de la disciplina de fábrica*, traducción María Tabuyo y Agustín López, España, Trotta, 1991, (Estructuras y procesos).
- Gómez Serrano, Jesús, “Una ciudad pujante. Aguascalientes durante el Porfiriato”, en *Historia de la vida cotidiana en México. Tomo IV. Bienes y vivencias. El siglo XIX*, Anne Staples (Coord.), México, FCE-COLMEX, 2005, pp. 253-286.
- Gómez-Galvarriato, Aurora, “Fragilidad institucional y subdesarrollo: la industria textil mexicana en el siglo XIX”, en *La industria textil en México* Aurora Gómez-Galvarriato (Coord.), México, Instituto Mora-El Colegio de Michoacán-COLMEX-UNAM, 1999, pp.142-182.
- González Angulo, Jorge y Roberto Sandoval Zarauz, “Los trabajadores industriales de Nueva España, 1750-1810”, en *La clase obrera en la historia de México. De la Colonia al Imperio*, Enrique Florescano *et. al.*, México, Siglo XXI, 1980, pp. 173-238.
- González Navarro, Moisés, *El Porfiriato. La vida social. Vol. IV. Historia moderna de México*, Daniel Cosío Villegas (Coord.), 4ta edición, México, Hermes, 1985.
- González Navarro, Moisés, *Estadísticas sociales del Porfiriato 1877-1910*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1956.
- Guerra, François Xavier, *México. Del antiguo régimen a la revolución*, traducción Sergio Fernández Bravo, México, FCE, II tomos, 1988.

- Gutiérrez Álvarez, Coralia, “La penosa existencia en las fábricas textiles de Puebla y Tlaxcala”, en *Historia de la vida cotidiana en México. Tomo IV. Bienes y vivencias. El siglo XIX*, Anne Staples (Coord.), México, FCE-COLMEX, 2005, pp. 527-562.
- Gutiérrez Álvarez, Coralia, *Experiencias contrastadas. Industrialización y conflictos en los textiles del centro-oriente de México, 1884-1917*, México, COLMEX-Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades-BUAP, 2000.
- Haber, Stephen H., *Industria y subdesarrollo. La industrialización de México 1890-1940*, México, Alianza, 1992.
- Huerta González, Rodolfo, “Transformación del paisaje, recursos naturales e industrialización: el caso de la fábrica de San Rafael, estado de México, 1890-1934”, en *Tierra, agua y bosques: historia y medio ambiente en el México central*, Alejandro Tortolero Villaseñor (Coord.), México, CEMCA-Instituto Mora-Universidad de Guadalajara-Potrerillos Editores, 1996, pp.283-315.
- Huerta, María Teresa, *Empresarios del azúcar en el siglo XIX*, México, INAH, 1993.
- Katz, Friedrich, *La servidumbre agraria en México en la época porfiriana*, 4ª edición, México, Era, 1984. (Problemas de México).
- Kuntz Ficker, Sandra y Paolo Riguzzi (Coord.) *Ferrocarriles y vida económica en México (1850-1950). Del surgimiento tardío al decaimiento precoz*, México, El Colegio Mexiquense-UAM, 1996.

- Miño Grijalva, Manuel, Mario Téllez González (Comp.) *Estadísticas para la historia económica del Estado de México 1824-1911*, México, El Colegio Mexiquense, 1999.
- Moreno Toscano, Alejandra, “Los trabajadores y el proyecto de industrialización, 1810-1867”, en *La clase obrera en la historia de México. De la Colonia al Imperio*, Enrique Florescano et. al., México, Siglo XXI, 1980, pp.302-350.
- Oyarzábal Salcedo, Shanti, “Gregorio Mier y Terán en el país de los especuladores, 1830-1869”, en *Formación y desarrollo de la burguesía en México Siglo XIX*, Ciro Cardoso (Coord.) 2ª edición, México, Siglo XXI, 1981, pp. 140-163.
- Payno, Manuel, *Carta que sobre los asuntos de México dirige al Sr. General Forey*, México, Imprenta de Vicente G. Torres, 1862.
- Ramírez Rancaño, Mario, *Directorio de empresas industriales textiles: 1900-1920*, México, UNAM, 1988.
- Ramos Escandón, Carmen, *La industria textil y el movimiento obrero en México*, México, UAM, 1988.
- Riguzzi, Pablo, “Mercados, regiones y capitales en los ferrocarriles de propiedad mexicana, 1870-1908”, en *Ferrocarriles y obras públicas*, Sandra Kuntz Ficker y Priscilla Connolly (Coord.) México, Instituto Mora-Colegio de Michoacán-COLMEX-UNAM, 1999, pp.39-70.
- Rivero Quijano, Jesús, *La revolución industrial y la industria textil en México*, México, Porrúa, 1990, II tomos.

- Rojas, Teresa, *et. al.*, *Nuevas noticias sobre las obras hidráulicas prehispánicas y coloniales en el valle de México*, México, SEP-INAH, 1974, (SEPSETENTAS).
- Rosenzweig, Fernando, *El Porfiriato. Vida Económica. Vol. VII y VIII. Historia moderna de México* Daniel Cosío Villegas (Coord.), 3ª edición, México, Hermes, 1985.
- Salazar, Avl., *México. El libro de referencias. Directorio de profesionistas y principales hombres de negocios de la República Mexicana 1912*, España, Imprenta de la Viuda J. Gunill, 1912.
- Salinas Sandoval, María del Carmen, *República restaurada en el Estado de México: agitación política y avances económicos*, México, El Colegio Mexiquense 1999, (Documentos de investigación).
- Tenorio Trillo, Mauricio y Aurora Gómez Galvarriato, *El Porfiriato*, México, FCE-CIDE, 2006. (Herramientas para la Historia)
- *The Mexican Year Book*, London, Mc Corquodele and Co. Limited, 1908.
- Trujillo Bolio, Mario y José Mario Contreras, *Formación empresarial, fomento industrial y compañías agrícolas en el México del siglo XIX*, México, CIESAS, 2003.
- Trujillo Bolio, Mario, “El empresariado textil de la Ciudad de México y sus alrededores, 1880-1910”, en *Modernidad, tradición y alteridad. La ciudad de México en el cambio de siglo (XIX-XX)*, Claudia Agostoni y Elisa Speckman (coord.) México, UNAM, 2001, pp. 33-48.
- Trujillo Bolio, Mario, *Empresariado y manufactura textil en la Ciudad de México y su periferia. Siglo XIX*, México, CIESAS, 2000.

- Trujillo Bolio, Mario, *Operarios fabriles en el Valle de México (1864-1884). Espacio, trabajo, protesta y cultura obrera*, México, COLMEX-CIESAS, 1997.
- Valadés, José, *El Porfirismo. Historia de un régimen. El nacimiento*, México, Antigua Librería Robredo de José Porrúa e hijos, 1941.
- Weckman, Luis, *Las relaciones franco-mexicanas (1823-1838)*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1961, III tomos.